

Panorama general de las mujeres en América del Norte

Mónica Vereza*

Pionero en su concepción, el presente libro constituye una reflexión colectiva de académicas, funcionarias y creadoras canadienses, estadounidenses y mexicanas, quienes analizan el trabajo de las mujeres contemporáneas y el papel que ellas han jugado en las sociedades, específicamente en la región de América del Norte. Desde una perspectiva multi e interdisciplinaria, a través de esta obra, se podrán encontrar diversos puntos de vista planteados por especialistas de cada uno de los tres países, cuyos sistemas políticos, estructuras económicas y patrones socioculturales son heterogéneos, complejos y, sobre todo, muy diferentes entre sí. Un análisis sobre las mujeres en la historia, en la política, en la ciencia, en la literatura y en las artes de feministas militantes y mujeres activistas que han tratado de resolver los cientos de problemas que padecen, así como de las académicas que han formalizado los estudios de las mujeres y del género, son sólo algunos de los temas tratados en diversas formas y con profundidad por las colaboradoras de esta obra.

Hemos llegado casi al fin del milenio y aún subsisten marcadas diferencias entre muchas naciones, no quedando exentas aquellas que conforman la región de América del Norte. Partimos de la base de que precisamente en esta región persisten profundas diferencias culturales y desigualdades abismales en cuanto a riqueza, equidad y justicia, acceso a oportunidades de trabajo, salud y educación, reflejadas y magnificadas a través de prismas sociales como la etnia, clase socioeconómica, género, edad, filiación religiosa, entre otras variables.

Las mujeres continúan jugando, simultáneamente, múltiples papeles que les demanda su propio género: por un lado, tienen las responsabilidades de dar a luz y la crianza de sus hijos, así como laborar en el hogar para formar y mantener a sus familias; y, por el otro, participan crecientemente en la fuerza de trabajo para solventar o complementar, si así es el caso, el ingreso familiar. Además, conscientes de las demandas conflictivas a las que están sujetas en un entorno con valores androcéntricos, donde la actividad femenina muchas veces es calificada como irrelevante, han luchado paralelamente por sus derechos civiles y laborales para combatir su vulnerabilidad a la violencia, para mejorar las condi-

* Investigadora y directora fundadora (1989-1997) del Centro de Investigaciones sobre América del Norte, Universidad Nacional Autónoma de México.

ciones de justicia, salud, educación y trabajo, entre muchas otras, logrando avances sustantivos en la región durante los últimos treinta años.

Si bien las generalizaciones globales no son rigurosamente justas y no deben utilizarse para etiquetar identidades o para enmascarar las diferencias reales que existen entre las mujeres, debido a las particularidades de cada nación, estoy convencida de que el análisis social puede enriquecerse con una perspectiva comparativa, ya que una visión más amplia es sumamente ilustrativa. No debe olvidarse que las mujeres aún permanecen en un mundo dividido, en donde las diferencias con los hombres se han marcado en muchos países de manera creciente, mientras que en otros se han reducido sustantivamente. No existe un parámetro sencillo para comparar la condición de las mujeres en América del Norte, sin embargo existen aproximaciones. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha creado índices para medir ciertas variables de las mujeres, en relación con el nivel básico de vida alcanzado, que se han utilizado para establecer grados de desarrollo entre las naciones del mundo. Un elemento clave para estos índices lo constituye la cada vez mayor participación de las mujeres en los ámbitos político, económico y social, aun cuando su condición de género la enfrenta, en ciertos casos, con importantes desventajas que hoy ya no se justifican.

Y, precisamente, estas desigualdades de género y las desventajas que condicionan a las mujeres frente a los hombres son las que han impulsado el surgimiento de diversas propuestas y la formulación de nuevas políticas y acciones, tendientes a mejorar la vida de las mujeres en un marco legal de igualdad de oportunidades. Un parteaguas determinante en el debate global sobre la condición de las mujeres y sobre la formulación de dichas políticas lo constituyó la organización de las conferencias mundiales sobre la mujer, iniciadas, por cierto, en México en 1975, en Nairobi diez años después y en Pekín en 1995. A partir de ellas, se ha tratado de crear una conciencia a nivel mundial, y se han planteado muchos de los obstáculos a los que se enfrentan las mujeres, y que han limitado su plena integración al desarrollo de sus propios países, ya que todavía no son suficientes las garantías legislativas para alcanzar su igualdad ante la ley.

En esas circunstancias, y tomando en consideración los extraordinarios logros que han tenido las mujeres en diversos ámbitos en los tres países, así como sus nuevos papeles en las sociedades contemporáneas, este libro representa una contribución importante tanto a los estudios regionales como a los de género. Contiene varios ensayos de connotadas especialistas "norteamericanas",¹ que aportan visiones y perspectivas variadas sobre campos específicos en donde

¹ El término "norteamericana" se utiliza en relación con lo propio de la región de América del Norte y no exclusivamente para Estados Unidos.

las mujeres han obtenido conquistas fundamentales, lo que ha significado la conformación de relaciones políticas, económicas y sociales distintas, insertas en una nueva cultura mundial.

Es importante aclarar que el contenido de este volumen no es ni exhaustivo ni equitativo con respecto a todos los temas para cada país. Si bien se invitó a colaborar a un número selecto de especialistas en cada una de las temáticas, algunas de las participantes que presentaron debidamente sus trabajos para ser analizados y corregidos en el seminario internacional no enviaron posteriormente su versión definitiva para la edición final del presente libro, por lo que estamos conscientes de que no se logró un equilibrio justo y equitativo entre pares y temáticas. Un reconocimiento especial merecen nuestras invitadas canadienses, particularmente la espléndida colaboración y tenacidad de la Dra. Peta Tancred de McGill University, quien logró que todas aquellas que presentaron sus versiones preliminares en el seminario internacional, enviaran después los trabajos definitivos con las correcciones pertinentes.

Por otra parte, habrá que tomar en consideración que los orígenes de los movimientos, logros y los alcances obtenidos por las mujeres de Estados Unidos y Canadá son cualitativa y cuantitativamente diferentes a los de México, por lo que deben comprenderse estas diferencias o ausencias de paridad entre un país y otro. Así, a través de este ejercicio introductorio, intentaré desarrollar algunas de las lagunas no cubiertas por las autoras, de tal manera que se presente una idea general de los rasgos más notables y características más generales de la mujer contemporánea en América del Norte.

Hemos dividido el vasto cúmulo de temas que contiene el presente libro en cuatro capítulos. Los artículos según su temática se presentan aquí por país, en orden alfabético en español (Canadá, Estados Unidos y México).

I. Las mujeres y su identidad, movimientos sociales y situación jurídico-política

Los trabajos de las autoras norteamericanas que aquí se presentan, destacan no sólo las múltiples particularidades de cada lugar o sector, sino las diferencias y similitudes entre ellas, así como las importantes asimetrías existentes entre los países de América del Norte. Revelan unívocamente los diversos orígenes y perfiles multiétnicos de las mujeres, destacando sus luchas y logros y, por ende, los intensos movimientos sociopolíticos en la historia de los tres países: "La historia de las mujeres es el producto de los movimientos hechos por

las mujeres".² Para Canadá, quizá la situación de las indígenas y las eurocanadienses difiera de la de Estados Unidos, y de la misma manera la de las afroamericanas, asiáticoamericanas e hispanoamericanas sea distinta en los dos países. Por su parte, las mujeres mexicanas, indígenas, mestizas o blancas difieren ya de las chicanas que han emigrado y ahora viven en Estados Unidos. Asimismo, en este apartado, se pueden apreciar las principales conquistas de las mujeres en materia jurídica para obtener mayor protección y, de esa manera, alcanzar mayor justicia social.

LA MUJER CANADIENSE

En términos generales, las mujeres en Canadá constituyen un grupo heterogéneo, a veces fragmentado con lenguas y herencias culturales distintas, y con prioridades e intereses regionales diversos. Dada la amplia extensión territorial, es difícil que las mujeres formen un solo frente común de este a oeste y, a veces, suelen duplicarse esfuerzos y recursos humanos y materiales en las diversas provincias. A pesar de que las mujeres en Canadá se han ocupado de resolver sus conflictos, y con frecuencia han unido sus fuerzas en la lucha continua por sus derechos, muchas veces estas luchas han sido contradictorias debido a las diversas ideologías en las que se sustentan. Así, tenemos que grupos de mujeres indígenas, de inmigrantes y afrocanadienses, por ejemplo, han tenido que enfrentarse constantemente a una doble situación de discriminación y asimilación en cualesquiera de las provincias que se encuentren. Ello no quiere decir que las eurocanadienses, anglo y francohablantes, han mantenido un frente común; por el contrario, frecuentemente se han dividido, tanto por diferencias sustanciales como de matices, pero en definitiva han llegado a confrontarse de manera más visible cuando las luchas feministas se han mezclado con sentimientos nacionalistas. En los albores del siglo xx, cuando el derecho al voto era la demanda fundamental de los movimientos de mujeres, el feminismo y el nacionalismo, por ejemplo, constituyeron movimientos antagónicos. En términos generales, el movimiento de las mujeres en Canadá, a pesar de que sus integrantes han compartido muchos objetivos comunes, ha estado dividido en dos: uno en Quebec y el otro anclado en el resto de Canadá. Esta situación refleja un cisma en la vida política de Canadá intrínsecamente vinculado con el desarrollo del nacionalismo en Quebec, que recientemente ha pugnado por un Estado separado.

² Deirdre Beddoe, "Historical Perspectives on Women Lives", en Stevi Jackson, ed., *Women Studies: Essential Readings* (Nueva York: New York University Press, 1993), 107.

Haciendo historia, el movimiento feminista surgió en Ontario en 1870 como un intento por abrir las oportunidades educativas. El Movimiento de Moderación Cristiana de Mujeres fue un elemento fundamental. Entre las conquistas obtenidas por estas luchas, se concedió en todas las provincias, en distintas etapas, el voto a nivel federal a todas las mujeres canadienses mayores de 21 años en 1918.³ En 1949, el sufragio universal, que anteriormente excluía a las poblaciones indígenas fue otorgado en todo Canadá. Un acontecimiento importante al comienzo del movimiento de las mujeres fue el "Caso Persona" en 1928, cuando cinco mujeres lograron sus objetivos al solicitar al gobernador general una interpretación judicial del término persona, el cual había aparecido en un estatuto referente a las candidaturas al senado y la Corte, haciendo notar que no incluía a las mujeres. Poco después, en 1945, las mujeres de Quebec lograron que los subsidios familiares fueran pagados directamente a ellas y no a sus maridos. Para asegurar la igualdad de oportunidades, en 1967, se estableció la Real Comisión sobre la Condición de las Mujeres. En cuanto a la igualdad de derechos, a partir de 1977, la Carta Canadiense de Derechos y Libertades prohíbe la discriminación en el trabajo por sexo, edad, estado civil, raza, etnia, religión, y cada una de las provincias tiene un código u ordenanzas similares. Por otra parte, el divorcio y el control de la natalidad son legales y el aborto fue despenalizado en 1969, año en que también se despenalizó la homosexualidad.⁴

THELMA MCCORMACK analiza las fases a través de las cuales ha atravesado el movimiento de las mujeres en Canadá, así como las organizaciones y otros movimientos más pequeños que ha contenido en su interior. Considera que la primera fase atravesó los límites entre lo público y lo privado: el sufragio; en la segunda, se luchó por afianzar los derechos basados en el género femenino, como la despenalización del aborto, posibilidad que se les dio a las mujeres para elegir y tomar la decisión de continuar o suspender el embarazo con base en su salud; y la tercera fase, a la cual denomina la repatriación de la mente, se ha concentrado en la creación de un feminismo con identidad canadiense, diferente a la eurocéntrica o a la de las mujeres indígenas (de las Primeras Nacio-

³ A las mujeres en Alberta Manitoba y Saskatchewan se les concedió el derecho al voto en 1916, a las de Nueva Escocia en 1918, a las de Nueva Brunswick y Ontario en 1919, a las de Columbia Británica en 1920, a las de la Isla del Príncipe Eduardo en 1922, en Terranova en 1925 y en Quebec en 1940.

⁴ El aborto fue permitido sólo en aquellos casos en que la vida o la salud de las mujeres estuvieran en peligro. En cuanto a la homosexualidad, se modificó la ley para permitir "actos de gran indecencia en privado", lo cual incluía las prácticas homosexuales entre adultos mayores de 21 años, siempre y cuando exista el consentimiento de todos y cada uno de los que participan. Véase Robin Morgan, coord., *Mujeres en el mundo: atlas de la situación femenina, 80 países vistos por sus mujeres* (Barcelona: Hacer, 1993): 184.

nes). Estima que los movimientos de mujeres se han preocupado por problemas de salud, violencia, inmigración, discriminación étnica, hostigamiento en el trabajo, las nuevas tecnologías de reproducción humana y el acceso a la equidad y la justicia. Cree que el Comité Nacional de Acción sobre la Condición de las Mujeres (NAC) constituye el principal vocero semioficial del movimiento de las mujeres en Canadá, a pesar de que muchos grupos de mujeres se resisten a aceptarlo al considerarlo irrelevante para sus intereses. Para McCormack uno de los resultados de todos estos movimientos es una mayor preparación para entender el pluralismo entre el pensamiento socialista y liberal en el mundo; para entender no sólo los movimientos feministas que pugnan por las liberaciones de sus países, sino otros de carácter social como el de los indígenas en América Latina, por ejemplo.

A pesar de que en un principio el movimiento feminista se desarrolló muy lentamente en el Canadá francés —pues surgió como una nueva modalidad dado que amenazaba la tradición católica francesa de fomentar una política aislacionista con el fin de protegerse de las influencias externas— posteriormente emergió con gran fuerza un Quebec pujante con intenciones de recuperar terreno en el mundo exterior. Así, en los años sesenta, surgieron grupos radicales y agrupaciones que defendían, entre otros derechos, los de las mujeres, principalmente en asuntos tales como el derecho al aborto y el libre acceso a los anticonceptivos gratuitos. Desde sus inicios, fue notoria la tendencia en Quebec a la intervención del Estado en pro de un Estado benefactor y el desarrollo de un movimiento organizado de las mujeres. Esta situación facilitó la movilización femenina para reclamar autonomía cultural y una política para las mujeres, en tanto quebequenses, ejerciendo presión para hacer oír sus agravios específicos. Un hecho sustantivo que distingue a las feministas en Quebec es que durante los ochenta, cuando se buscó un referéndum con el fin de obtener el derecho de negociar un nuevo arreglo social con el resto de Canadá para asegurar el estatus de Estado asociado soberano, las diversas agrupaciones feministas tomaron partido en el debate con base en sus demandas específicas y aprovecharon para favorecer sus propios intereses, en un trance en que la sociedad estaba dividida entre quienes creían en un renovado federalismo y quienes apoyaban decididamente la soberanía sobre la asociación. En contraposición, las feministas anglocanadienses criticaron las posiciones a favor de la independencia de la nación por ser destructivas de la hermandad feminista de Canadá. Así, en términos generales, el feminismo en Ottawa y Toronto se orientó más a dar fin a la discriminación sexual en todos los órdenes de la vida en una sociedad, con posiciones menos ultranacionalistas que aquellas provenientes de Quebec.

Es en este sentido que MICHELINE DE SÈVE ubica los antecedentes para describir los diferendos en la historia de las relaciones entre las dos corrientes de los movimientos de mujeres, el de Canadá en general y el de Quebec en particular. Estima que es difícil dar una imagen de una nación canadiense unificada, por lo que el movimiento de las mujeres canadienses ha tenido que confrontar su propia diversidad interna. Considera que, a pesar de que la mujer canadiense está todavía muy lejos de gozar una paridad representativa en el liderazgo político, los movimientos feministas organizados han sido suficientes como para hacer sentir su creciente influencia en los debates políticos. Sin embargo, el caso de Canadá es único, ya que las mujeres pueden llegar a manifestar posturas incompatibles en el mismo espacio político, de acuerdo con su identidad nacional, bien como francoquebequeses, anglocanadienses o como pertenecientes a las Primeras Naciones. De Sève afirma que, en Canadá, las feministas se han sensibilizado notablemente ante los métodos pacíficos para subsanar las diferencias colectivas e individuales, sin necesariamente tener que invocar la identidad específica de género.

Hasta muy recientemente, la historia nacional oficial de Canadá no incluía las historias de las mujeres. Solamente se comentaba sobre los movimientos sufragistas o tal vez se señalaba la creciente participación de las mujeres en el mercado laboral. Es a partir de la década de los setenta cuando se institucionaliza el estudio sobre las mujeres en Canadá y se producen muchos materiales. Con base en sus propias ideologías, los movimientos de mujeres canadienses han reclamado sus derechos, ya sea como inmigrantes o como minorías, y han demandado, en términos generales, la emancipación de cualquier tipo de opresión a que han estado sujetas. De acuerdo con esta diversidad, no existe una postura única feminista en Canadá, por lo que su análisis es sumamente complejo. Sin embargo, recientemente, las feministas anglo y francocanadienses, con diferentes perspectivas, han llegado a un importante acuerdo, en el sentido de no tratar de consolidar una postura común, lo que ha permitido un cambio en el tono de las posiciones y debates con respecto a las prioridades de unas y otras.

En el mismo tenor, LINDA KEALEY centra su ensayo en los recientes escritos históricos sobre las mujeres en Canadá y señala algunos de los cambios que están aconteciendo y las actuales preocupaciones sobre la identidad y su política. A partir de los años setenta, se desafió la noción de una identidad única para las mujeres canadienses y, precisamente, la política de identidad dio voz a las mujeres de las minorías étnicas, a las homosexuales y a las discapacitadas, entre otras, quienes insistieron en que el movimiento de las mujeres debería ser incluyente. Su preocupación radica en que a pesar de que las mujeres de clase tra-

bajadora, las inmigrantes y las de color —quienes han tenido que enfrentarse a las identidades de clase, raza y etnia además de las otras muchas vinculadas con las identidades regionales— han jugado papeles muy importantes en el pasado, no han sido tan reconocidas o tan representativas en la historia o identidad canadiense, como lo han sido las mujeres de origen anglo o franco.

Por su parte, LOUISE VIAU hace un esbozo de las conquistas de las canadienses desde la primera ola del movimiento feminista, tanto en la esfera privada como en la pública. Plantea que los avances conseguidos en Canadá aún son limitados y persiste la disparidad al igual que las barreras sistémicas que impiden a las mujeres acceder al poder, como en muchos otros países. Opina que tanto los tribunales como el Parlamento pueden jugar un papel determinante en la búsqueda de la igualdad de los géneros. Así, a pesar de que la provincia de Quebec fue la última en admitir a las mujeres en su barra de abogados, hoy en día ésta se compone con un 38 por ciento de mujeres, y fue ahí donde se registraron las primeras nominaciones de mujeres juezas. Bajo la influencia del movimiento feminista, en el campo del derecho criminal, han habido cambios a fin de conferir una mayor protección a las mujeres víctimas de agresión sexual y de la violencia conyugal. Concluye que los desafíos que deberán ponerse de relieve para asegurar una plena igualdad entre géneros, tanto en la esfera pública como en la privada, siguen siendo enormes; sin embargo, las mujeres cada vez más toman su lugar en la escena política y jurídica, y se convierten en agentes activos del cambio social.

LA MUJER ESTADUNIDENSE

Es muy vasta la literatura existente sobre el desempeño de las mujeres en Estados Unidos, pues son muchos y muy ricos los logros que, como individuos y como grupo, han alcanzado a través de los importantes movimientos sociales organizados y dirigidos por destacadas feministas en las décadas recientes. En términos generales, se puede afirmar que las mujeres anglosajonas pasaron de un movimiento sufragista para obtener el voto en el siglo xix, a uno que persigue no sólo la igualdad entre géneros, sino el máximo desarrollo de sus capacidades y libertades como mujeres en el siglo xx. Después de la segunda guerra mundial, las mujeres comenzaron a participar en las luchas por obtener los derechos civiles. Las militantes rechazaron enérgicamente la situación de desigualdad⁵

⁵ Tal como lo señalan Román y Landero, cuando aquí se discute la desigualdad entre hombres y mujeres es en referencia a las condiciones sociales, económicas y políticas y no a los papeles y

que sufrían con respecto a los hombres y continuaron participando durante estos años, en forma muy activa, en una gran variedad de movimientos sociales, logrando beneficios muy importantes al fin del milenio, los cuales se analizan a continuación.

A través de un breve análisis histórico, se puede observar que desde 1919, después de setenta años de lucha, las mujeres lograron el derecho al voto con la XIX enmienda a la Constitución, a excepción de las indígenas.⁶ Sin embargo, en 1893, Colorado fue el primero de ocho estados que permitió que las mujeres votaran. La propuesta de Enmienda para la Igualdad de Derechos a la Constitución ha sido muy controvertida en el seno del Congreso, pues aunque fue presentada, por primera vez en 1923, no obtuvo la aprobación sino hasta medio siglo más tarde, en 1972. Posteriormente, al no lograr su ratificación en tres de los 38 estados que eran necesarios para la misma, fracasó en 1982. Fue presentada nuevamente al Congreso en 1983 y en ese mismo año se introdujo en el congreso la Ley de Justicia Económica, la cual facilitó a las mujeres el derecho a entrar en los planes privados de pensiones y autorizó a las amas de casa a abrir cuentas corrientes exentas de impuestos, iguales a las de sus esposos. La Ley Federal de Igualdad de Salarios de 1963, que estipula igual remuneración por igual trabajo y el título VII de la Ley de Derechos Civiles de 1964, consideraron ilegal que empleadores y sindicatos discriminaran en los "términos, condiciones y privilegios" según el sexo.⁷

Otro logro sustantivo de las últimas décadas fue el del uso de la píldora anti-conceptiva, el cual fue aprobado en 1960 por la Administración para los Alimentos y Droga (Food and Drug Administration, FDA por sus siglas en inglés). Cabe destacar que se legalizó también la esterilización voluntaria, que en el caso de mujeres de escasos recursos ha sido financiada por los servicios de salud públicos. En virtud de que se realizaban más de un millón de abortos ilegales, en 1973 el Tribunal Supremo legalizó el aborto siempre y cuando se lleve a cabo a petición de la interesada, y sea realizado por un(a) cirujano(a) autorizado(a) durante el primer trimestre del embarazo.⁸

funciones que han sido asignados y atribuidos a cada sexo, pues son precisamente estas identidades las que han propiciado su desigual participación en la vida pública de las sociedades contemporáneas. Véase Aida Román y Mireya Landero, "Las esferas de la desigualdad del género", *Bien común y gobierno: las mujeres al final del milenio* 4, no. 41 (abril de 1998): 10-11.

⁶ A los nativos de las tribus indígenas reconocidas federalmente se les concedió la ciudadanía hasta 1924. Los hombres afroamericanos consiguieron el derecho al voto en 1868.

⁷ Morgan, *Mujeres en el mundo: atlas de la situación femenina...*, 358.

⁸ El Estado puede promulgar normas para autorizar el aborto en el segundo trimestre del embarazo para proteger la vida o la salud de la mujer; y en el tercer trimestre el Estado puede reglamentar o prohibir el aborto, excepto cuando la vida o la salud de la mujer estén en peligro. En 1976,

Un campo nuevo en la lucha feminista es el correspondiente al hostigamiento sexual,⁹ el cual ha alcanzado logros de vanguardia en el mundo. Recientemente, se estableció que todos los(as) empleadores(as) son susceptibles de demanda judicial por parte de sus empleados(as), sin importar si son o no del mismo sexo, a través de la Comisión para la Igualdad de Oportunidades. Es importante destacar que, en 1977, Oregon fue el primer estado que consideró ilegal la violación marital, y desde 1983 existe, en varios estados, una legislación específica que castiga el maltrato a la esposa, iniciativa que surgió en Alabama y Massachusetts en 1871. La prostitución es legal sólo en Nevada, pues en otros estados es ilegal y se castiga como un delito menor con una multa, así como con prisión.

Los logros alcanzados por los movimientos señalados muestran que han sido determinantes para la construcción de su propia identidad dentro de una nación, también tan heterogénea como lo es Estados Unidos. Para entenderlos más claramente es importante situar a las mujeres estadounidenses en el contexto histórico adecuado, en donde han influido factores tales como la industrialización —que separaba el trabajo femenino del masculino—, la disminución significativa de los integrantes de una familia, la cada vez mayor presencia de las mujeres en el mercado de trabajo y sus intentos por sindicarse, el aumento significativo de divorcios, el profundo impacto que han tenido en los movimientos religiosos; el creciente acceso al sistema educativo así como su participación en el campo profesional; la lucha por la libre reproducción y por convertirse en ciudadanas con los mismos derechos según lo establece la Constitución, entre otros. En este sentido, tal como señalan Gerstel y Engel Gross,¹⁰ las nuevas familias de los noventa han estado influidas por los cambios anteriormente señalados y hoy se caracterizan por contar con un doble ingreso, o por ser uniparentales encabezadas por mujeres o bien por ser parejas del mismo sexo, en donde ciertamente las mujeres han tenido una mayor participación en el manejo de las familias.

En este sentido, SARA ZULEMA POGGIO analiza la participación de las mujeres estadounidenses en movimientos políticos y sociales a través de tres grupos: las

el Congreso limitó los fondos para todos los abortos que no fueran necesarios para salvar la vida de la mujer o cuando los embarazos fueran consecuencia de una violación o de un incesto y, en 1981, el Congreso eliminó los fondos federales de Medicaid en caso de violación o incesto.

⁹ El hostigamiento sexual es definido en los siguientes términos: "Las propuesta sexuales no deseadas, las exigencias para favores sexuales y otras conductas verbales o físicas de naturaleza sexual, constituyen hostigamiento sexual".

¹⁰ Naomi Gerstel y Harriet Engel Gross, "Gender and Families in the United States: The Reality of Economic Dependence", en Jo Freeman, ed., *Women: A Feminist Perspective* (California: Mayfield Publishing), 114-115.

anglosajonas, las afroamericanas y las chicanas. Plantea que su relación ha con-
ducido al *empowerment*¹¹ tanto en lo individual como en lo colectivo a través
de su participación en los diversos movimientos. Destaca de manera importan-
te el conflicto de lealtades o entre fragmentos de identidades que las mujeres de
minorías étnicas han tenido que enfrentar en la lucha cotidiana. Las mujeres
de las minorías también pasaron por el mismo proceso de probar sus fuerzas
y capacidades, a través de la participación activa en los movimientos sociales
en contra de la opresión, y también vivieron su experiencia del *empowerment*,
que les ha permitido la construcción de su propia identidad y la de una sociedad
más justa en tanto igualdad entre los géneros. Sin embargo, las desigualda-
des existentes entre las afroamericanas y las chicanas *vis à vis* las anglosajo-
nas radican en que las primeras, aun cuando perciben el sexismo y su identidad
de mujer ha ido fortaleciéndose, luchan además por sus derechos étnicos y
culturales.

Puntualiza que la mujer chicana ha venido luchando contra la opresión con
base en distintas fuentes. En primer término, una lucha contra la colonización espa-
ñola y otra de resistencia en el sudoeste de Estados Unidos, como producto de
su herencia mexicana y mestiza; y en segundo término, en su condición laboral,
su participación activa como trabajadora rural y su actuación en el movimiento
chicano de los años sesenta y setenta. A pesar de que sus luchas han sido
constantes, sus contribuciones no fueron reconocidas durante muchos años.
En todo momento han apoyado la organización del trabajo, combatir las injus-
ticias de los sistemas legal y judicial, participando en el establecimiento de las
asociaciones mutualistas que surgieron como respuesta a la discriminación
anglosajona y cuyo objetivo es ayudarse y protegerse en temas relativos a la
salud, los servicios y los abusos y, en su condición de migrantes, a las deporta-
ciones. Sostiene que actualmente las chicanas viven una situación de
ambigüedad, que a veces provoca una confrontación de identidades frente a la
realidad que les toca vivir: por un lado, son conscientes de pertenecer a un
pueblo oprimido racial, étnica, económica y culturalmente, por el cual siempre
han luchado siguiendo la dirección de modelos pertenecientes a la misma cul-
tura y, por el otro, las chicanas no encuentran en su tradición los elementos
necesarios que les permitan luchar contra del sexismo cuando éste se hace
evidente, sin necesariamente separarse de su etnia. Así, en el discurso femi-

¹¹ Durante la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer celebrada en Pekín, en 1995, se propuso y aceptó que se deben reconocer y proteger los derechos humanos de la mujer en las normas del de-
recho de la familia, penal, civil, laboral, y comercial, en las reglamentaciones administrativas y se acu-
ñó el concepto de "potenciación del papel y adelanto de la mujer" o *empowerment*, lo que significa
que debe propiciarse el acceso de la mujer a los mecanismos que requiere para lograr su desarrollo.

nista, las mujeres de minoría étnica reflejan su constante lucha contra el racismo y la explotación a la que son sujetas, producto de su identidad, fuerzas y *empowerment*, pero conscientes de que suelen entrar en contradicción con la cultura de su propio grupo étnico.

Por su parte, la investigadora del CISAN, BÁRBARA A. DRISCOLL, ofrece un pronóstico de la relación entre las mujeres y la ley en Estados Unidos. Estima que el sistema jurídico estadounidense es “un sistema estable pero no estático”, dado que, a pesar de contar con la capacidad para tratar las preocupaciones de algunos grupos sociales, con frecuencia su respuesta a las demandas de esos grupos es lenta. En relación con la mujer, su reacción ha sido problemática, complicada y frustrante y aun más tardada que el propio sistema político, pues son enormes las barreras legales que se interponen para lograr la incorporación de la mujer dentro del derecho. Por su naturaleza conservadora, la Constitución, cimentada en un sistema social patriarcal que fue construido para mantener el dominio de los hombres sobre las mujeres a través de la educación y el derecho, ha perpetuado los patrones tradicionales de la opresión a las mujeres. Describe cómo, de acuerdo con múltiples investigaciones, se ha llegado a la conclusión de que el sistema judicial se ha desarrollado por y para los intereses masculinos, que incluyen en parte el dominio de las mujeres y que tradicionalmente han excluido su participación. En el pasado, cuando se presentaban casos legales donde los derechos de las mujeres estaban en cuestión, las Cortes no contaban con las herramientas legales para considerar los asuntos particulares asociados con ellas y no se percibía la necesidad de desarrollarlos.

A pesar de que se han ido modificando las actitudes y comportamientos hacia las mujeres —como fue el caso del derecho al voto— una de las decisiones judiciales más famosa del siglo xx en lo que concierne a la condición de mujer es la famosa *Roe vs. Wade*, decisión que en 1973 estableció un esquema según el cual una mujer embarazada podría legalmente dar fin a su embarazo en términos del derecho universal de privacidad y no tanto bajo el discurso feminista. Esta decisión, a la vez, ha generado un movimiento social conocido como “pro-vida”, que ha tenido mucho éxito en obligar a reevaluar profundamente los valores tradicionales, no solamente sobre el aborto sino sobre la maternidad y el papel de la mujer en general. Posteriormente, la Suprema Corte ha considerado y revolucionado la definición del matrimonio según el caso *Orr vs. Orr* (1979), y el de vanguardia mundial, el relacionado con el hostigamiento sexual, campo que se expresó en las cortes en 1986 con el caso *Meritor Savings Bank vs. Mechalle Vinson*; todas ellas contribuciones determinantes para seguir discutiendo otros casos. Driscoll concluye señalando que las cortes federales,

regionales y estatales son y deberán ser las sedes de la búsqueda de soluciones legales innovadoras para las mujeres.

KRISTIN G. ESTERBERG sostiene que, a pesar de que en la década de los noventa las mujeres estadounidenses han continuado ciertamente muy activas en una gran variedad de movimientos sociales, su activismo ha cambiado o quizás ha entrado en un periodo latente similar al de los años cincuenta. En tanto las activistas feministas han logrado un cúmulo importante de beneficios, los movimientos feministas de hoy están fragmentados y dispersos, no sólo en términos ideológicos —de derecha o izquierda— sino también en cuanto a su forma y electorado. Considera que durante los últimos treinta años ha habido cuatro tipos de circunstancias que han motivado a las mujeres a la protesta social: la supervivencia económica; las luchas nacionalistas, raciales y étnicas; los temas humanitarios y de alimentación; y la lucha por sus derechos. Detecta que si bien el feminismo ha sido revitalizado por las luchas de las mujeres de escasos recursos y de minorías étnicas, estas luchas también han traído a la luz los graves problemas a los que se enfrentan, y ponen de relieve las serias dificultades y contradicciones que implica, entonces, tratar de crear un movimiento feminista monolítico.

A Esterberg le preocupa el resurgimiento de movimientos conservadores, pues estima que han afectado a los de las feministas. Considera que el crecimiento de las organizaciones de derecha se debe, en parte, a los exitosos movimientos de los sesenta y setenta, cuando las mujeres obtuvieron importantes conquistas para tener acceso a diversas opciones reproductivas y mayores oportunidades en cuanto a empleo y educación. Ya para los ochenta, más de la mitad de las mujeres estadounidenses constituían parte de la fuerza de trabajo y sus niveles educativos alcanzaban la paridad con los de los hombres. Estos éxitos de los movimientos feministas o liberales de izquierda, en combinación con lo que muchos conservadores ven como el colapso de la familia tradicional, han encendido el resurgimiento del activismo de derecha. Se han fundado múltiples organizaciones como las “pro-familia”, y se han llegado a formar coaliciones masivas en torno a los temas del aborto y la homosexualidad. Desde el punto de vista de los tradicionalistas sociales, la creciente presencia de lesbianas, de homo y bisexuales y las campañas recientes a favor de sus derechos representan el asalto final a la moralidad, la familia, el orden económico, la fuerza de la nación y a la concepción masculina de género que estas instituciones enarbolan. A pesar de que muchos grupos activistas de derecha están encabezados por hombres, también las mujeres son participantes activas y lideresas. Por lo anterior, Esterberg está consciente de la fragilidad de los beneficios

logrados hasta ahora por el movimiento feminista, en virtud del resurgimiento de un activismo de derecha con la consecuente proliferación de movimientos de mujeres conservadoras. Finalmente, concluye que quizá no haya un movimiento feminista monolítico, pero sí han surgido muchos movimientos propiciados por el activismo femenino, algunos desalentadores como los provenientes de la derecha religiosa, pero otros enormemente prometedores. La carencia de un centro hace también que sea difícil definir el activismo feminista de los noventa.

En Estados Unidos, han surgido importantes movimientos de mujeres conservadoras que, hoy día, cuestionan el movimiento feminista de los sesenta, rechazando sus doctrinas y analizando sus ideas e influencias. Así, un movimiento de mujeres conservadoras, "Women of America",¹² está luchando por reescribir una nueva versión del feminismo, sin pretender llegar a un antagonismo entre los sexos, tratando, a la vez, de definir su identidad como mujeres. Sus integrantes estiman, por ejemplo, que las fuerzas Pro Libre Elección han establecido un elemento divisivo, dado que los conservadores han respondido muy agresivamente ante este tipo de propuestas, convirtiéndose en uno de los temas favoritos de la agenda conservadora.

LA MUJER MEXICANA

Producto del encuentro entre dos culturas, la indígena y la española, la mujer mexicana con un mestizaje aún en proceso presenta grandes desigualdades económicas, sociales, políticas y culturales no sólo con respecto a sus contrapartes de Estados Unidos y Canadá, sino también al interior de la misma nación. Las mujeres inmersas en un México extremista, se enfrentan a diario con grandes contradicciones entre riqueza y pobreza, a la vez que con la sofisticación y la ignorancia, y las diferencias culturales se acentúan más entre las condiciones prevalecientes en ámbitos urbanos y aquellos recónditos rincones rurales. Pero a pesar de la marginación socioeconómica de las mayorías y la opresión, producto de las actitudes ideológicas patriarcales, han logrado cambios sustantivos mediante sus múltiples luchas en la historia reciente, aunque distan mucho de los alcanzados por sus vecinas del norte.

Su presencia histórica en las luchas de independencia por la construcción de una nación, en las de la Revolución de 1910 como soldadas y algunas como coronelas, así como en su papel de enfermeras y activistas clandestinas, o su

¹² Elinor Burkett, *The Right Women: A Journey to the Heart of Conservative America* (Nueva York: Scribner, 1998).

acción en Yucatán en los años veinte, aunada a su participación general en el desarrollo del México contemporáneo, ha sido poco reconocida en la historia oficial de México. Con una Iglesia católica muy influyente, valores marcadamente tradicionales con respecto a los papeles femeninos, un sistema político altamente excluyente y una cultura política autoritaria, el camino de las mujeres ha sido difícil y espinoso con logros parciales e intermitentes.

En general, las mujeres mexicanas tienen los mismos derechos que los hombres y la Constitución establece que tienen derecho a trabajar obteniendo permiso específico por maternidad si ese es el caso, a sindicarse, a la seguridad social, a jubilaciones, a pensiones y a seguro médico. La mujer ha tenido derecho a votar y a ser votada desde 1947 en el nivel municipal y en el federal desde 1953,¹³ es decir, casi cuarenta años después que sus contrapartes norteamericanas, aunque su incorporación a los cargos de elección popular no fue de manera inmediata. Su presencia ha aumentado paulatinamente desde los años en que tuvo derecho legal a participar en los procesos electorales y, a pesar de las grandes contribuciones de millones de ellas al quehacer social cotidiano, su presencia en los cargos de toma de decisiones aún hoy es escasa.

El divorcio es posible a partir de 1931. En el matrimonio, el marido y la mujer tienen autoridad y consideraciones iguales en el hogar y comparten la patria potestad sobre los hijos. Según Valdés Echenique y Gomariz Moraga¹⁴ hasta 1974, en el matrimonio el marido podía prohibir a la mujer que trabajara fuera del hogar, o bien podía permitirlo, si no perjudicaba sus tareas en el mismo y el cuidado de los niños. Asimismo, el marido estaba obligado a sostener económicamente el hogar, mientras que correspondía a la mujer la dirección y los cuidados del trabajo en el hogar.¹⁵ Sin embargo, no se cumplen cabalmente sus derechos civiles y laborales. En cuanto al hostigamiento sexual, en teoría, se pena a quien con fines lascivos asedie reiteradamente a una persona de cualquier sexo valiéndose de su posición jerárquica, pero en la práctica no se define el asedio y sucede con mucha frecuencia, pues las circunstancias en las que se da son muy difíciles de probar. El aborto es ilegal — excepto cuando corre peligro de muerte la madre, o cuando el embarazo es producto de una violación —, a pesar de que se realizan más de un millón de ellos anualmente. Por lo que respec-

¹³ Paulina Fernández Christlieb, "Participación política de la mujer en México", en Ana M. Fernández Poncela, *Participación política de la mujer en México* (México: El Colegio de México, 1995), 91.

¹⁴ Teresa Valdés Echenique y Enrique Gomariz Moraga, *Mujeres latinoamericanas en cifras* (Santiago de Chile: Instituto de la Mujer-FLACSO, 1995), 85.

¹⁵ Carmen Lugo, "Pioneras y promotoras", en Morgan, *Mujeres en el mundo: atlas de la situación femenina...*, 653.

ta a la prostitución, no se penaliza su ejercicio, sino la inducción a la prostitución y la explotación del comercio carnal por terceros. La ley no distingue entre la prostitución femenina y masculina. En cuanto a los derechos reproductivos, toda persona tiene el derecho a decidir libremente el número de hijos que desea tener. Hasta 1973, estaba prohibida la propaganda y venta de anticonceptivos, pero un año después se aprobó la Ley General de Población, la cual supone ser antinatalista, pues a través de la planificación familiar que postula, persigue regular y estabilizar el crecimiento de la población. Las campañas de planificación familiar de aquel entonces dieron como resultado una reducción en el índice de natalidad a 2.7 por ciento actualmente, lo cual no es homogéneo pues persisten diferencias alarmantes entre regiones y zonas urbanas y rurales. Por su parte, la Ley General de Salud de 1984 impone multas a quienes practiquen la esterilización sin la voluntad del paciente o ejerzan presión para que ésta(e) la admita.

En este sentido, GISELA ESPINOSA, investigadora del PUEG, marca como un parteaguas en el origen del neofeminismo mexicano el movimiento estudiantil de 1968, el cual estuvo altamente influido por la efervescencia política del país. Dicho movimiento marcó el fin de un ciclo de relativa bonanza y la apertura de otro en el que se comenzó a cuestionar el modelo de desarrollo económico, el autoritarismo, el clientelismo y el corporativismo del sistema político mexicano. Esta creciente oposición se ubicó principalmente en la izquierda y se volcó en una lucha por las reivindicaciones socioeconómicas, por lograr un sistema más democrático y una independencia frente tanto al Estado como a las estructuras corporativas. A diferencia del feminismo de los años setenta, constituido por pequeños grupos de clase media, dedicados a la difusión de nuevas ideas sobre las relaciones entre los sexos, la acción femenina de los ochenta se tornó masiva, cuestionando y modificando la composición social de los movimientos feministas, pues tuvieron que integrar a grupos femeninos con dificultades para sobrevivir. La coexistencia del neofeminismo —desvinculado de la lucha social reivindicativa— con el llamado feminismo popular —el cual constituyó el desdoblamiento de las redes sociales construidas por la izquierda—, imprimió una nueva magnitud al movimiento, obligando a reflexionar la dimensión de género, ausente hasta entonces en la lucha social. Empleadas, obreras, amas de casa, indígenas y campesinas, entre otras, encarnaron esta vertiente del feminismo. Sus movilizaciones más amplias tuvieron como eje demandas laborales, agrarias, de consumo, de vivienda y de servicios públicos urbanos. A pesar de que sus discursos tocaban intereses comunes, los contenidos eran distintos, pues los problemas de violencia, opresión y explotación no eran iguales para una

universitaria que para una indígena o bien para una obrera. La relación entre las mujeres organizadas del pueblo y las feministas las enfrentaron a un mundo de contradicciones, pues las primeras eran radicales en la “lucha de clases” y las otras en la lucha de sexos. Para Espinosa, el Movimiento Urbano Popular expresa el nuevo tipo de tensiones, en las cuales las mujeres han sido la base de las movilizaciones y acciones más importantes, apropiándose de los espacios urbanos. Los miembros de esta organización, además de haber perseguido la lucha por elecciones claras, por el respeto a la voluntad ciudadana y por la representación política, avanzaron en la construcción de una nueva sociedad en donde la cooperación, la ayuda mutua, la discusión y la resolución colectiva de problemas y la autogestión, han operado como las bases para los nuevos movimientos sociales.

En términos jurídicos, LAURA SALINAS BERISTÁIN analiza la protección de las mujeres bajo las normas legales. Describe ampliamente el derecho agrario, el de la educación, de la familia, del trabajo, de la salud, el relativo a participar en la toma de decisiones, así como la violencia contra las mujeres, todos ellos acuerdos tomados en la *Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer* (CEDM), ratificados en México en 1981. En ese entonces, se trató de asegurar el pleno desarrollo y el adelanto de las mujeres con el objeto de garantizar las libertades fundamentales en igualdad de condiciones con los hombres, tema que se analiza en detalle. Describe cómo durante la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Pekín en 1995, se propuso y aceptó que se deben de reconocer y proteger los derechos humanos de las mujeres en las normas del derecho de la familia, penal, civil, laboral y comercial, así como en las reglamentaciones administrativas. Además, se consideró que esta igualdad es una condición indispensable para lograr la justicia social, el desarrollo y la paz. Refiere cómo en dicha conferencia se insistió en que es muy importante alcanzar esta igualdad en la vida cotidiana y se acuñó el concepto de *empowerment* o “potenciación del papel y adelanto de la mujer”, que significa que más que lograr la igualdad, debe tenerse en la mira el acceso de las mujeres a los mecanismos que se requieren para lograr su desarrollo.

GABRIELA CANO plantea el desarrollo histórico de la ciudadanía de las mujeres en México a lo largo del siglo xx. Contribuye con un análisis de la historia política de las mujeres en México, particularmente en el debate que se dio durante la administración del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940) sobre las ideas igualitarias y las diferenciadoras. Desde el punto de vista de la postura diferenciadora, al incorporarse al mundo de la ciudadanía y, por ende, a la esfera pública, las mujeres no se desprenden de las funciones domésticas asignadas

al género femenino, como los papeles de madre, esposa e hija. Contrariamente a esta perspectiva, la concepción igualitaria plantea que la ciudadanía es por naturaleza individual en la que no hay lugar para distinción del género. Destaca que durante ese periodo surgieron organizaciones como el Frente Único Pro Derechos de la Mujer (FUPDM), aunadas a múltiples movilizaciones feministas que se originaron durante los años veinte, así como los congresos de obreras y campesinas de los treinta. En ese entonces y a pesar de que las mujeres carecían de los derechos a la ciudadanía, el Partido Nacional Revolucionario (PNR) promovió su participación y organización en los comicios internos del partido, y estableció una secretaría de acción femenil, contribuyendo a legitimar la actividad política desarrollada por las militantes, a la vez que ofreció una estructura organizativa que promovía el concepto de "igualdad integral". Para Cárdenas la labor de las organizaciones de mujeres, capaces de movilizarse en defensa de sus intereses y derechos, era parte de una "igualdad integral", una forma de relación social entre los géneros que abarca tanto el terreno socioeconómico como político. Estimaba que el sufragio femenino era necesario pues lo consideraba justo, además de que profundizaría la orientación democrática. Sin embargo, la influencia de Cárdenas y su idea del avance democrático no prevaleció con respecto al sufragio femenino, pues si bien ambas cámaras aprobaron las reformas al artículo 34 constitucional, éstas no entraron en vigor ya que no fueron publicadas en el Diario Oficial y pasaron 15 años para que esta iniciativa finalmente se aprobara.

II. Las mujeres en las sociedades, su participación en la política y en los medios

LA MUJER CANADIENSE

No cabe duda que el bienestar social y económico de las mujeres canadienses ha mejorado sustancialmente durante los últimos veinte años, a pesar que persisten algunas diferencias entre hombres y mujeres. A través de la publicación oficial *Statistics Canada* se puede observar que, hacia 1995 las mujeres constituyen el 51 por ciento de la población; que tienen 1.7 hijos por mujer, utilizando el 73 por ciento de ellas métodos anticonceptivos para la planeación familiar; la mortalidad por causas relacionadas con la maternidad es mínima, tan sólo 6 mujeres mueren por cada 100 000 nacimientos; el 16 por ciento de la población femenina son inmigrantes, 9 por ciento son minorías étnicas y el 4 por ciento

indígenas. Por lo que respecta a la educación, a pesar de que se han logrado conquistas formidables —pues las mujeres constituyen el 52 por ciento de los estudiantes universitarios—, todavía se encuentran ligeramente detrás de los hombres, por ejemplo, 10 por ciento de los hombres vs. 13 por ciento de las mujeres han obtenido un grado universitario. Las mujeres canadienses estiman que sus instituciones académicas son patriarcales, que prevalece el sexismo en términos estructurales, así como de actitud, y como consecuencia la teoría del conocimiento es androcéntrica.

Otro logro de las mujeres en Canadá lo ha constituido su creciente participación en el mercado de trabajo, condición de su independencia económica: mientras que en 1929 menos del 4 por ciento de las mujeres trabajaban fuera del hogar, en 1994 el 52 por ciento de las mujeres se encontraban empleadas y representaban el 45 por ciento de la fuerza laboral, a pesar de que todavía muchas ocupan puestos de medio tiempo —69 por ciento de ellas—. No hay que olvidar que las familias están integradas por parejas con doble salario y el 16 por ciento de las familias son sostenidas solamente por la madre. Aquellas que tienen educación postsecundaria tienen mayores probabilidades de conseguir empleo. A pesar de que las mujeres continúan empleándose en ocupaciones tradicionales del sector servicios, como secretarias, maestras o enfermeras, en años recientes se han empleado en forma creciente en puestos profesionales: 19 por ciento de los empleos relacionados con la ingeniería, las ciencias naturales y las matemáticas son ocupados hoy día por mujeres. Un porcentaje muy bajo de mujeres está sindicalizado. Aunque en cada provincia existe una legislación sobre la igualdad del salario mínimo para hombres y mujeres, y no obstante que legalmente se prohíben las pagas discriminatorias diferenciadas entre hombres y mujeres por trabajo de igual valor —aunque se refiere solamente al empleo público—, se ha progresado muy poco en la lucha por el cumplimiento de esa legislación así como por la igualdad de salario por igual trabajo. En general, las mujeres canadienses continúan percibiendo salarios más bajos que los percibidos por los hombres en casi todos los niveles: en 1993, las mujeres empleadas de tiempo completo ganaban en promedio 28 400 dólares canadiense anuales, 72 por ciento del salario que obtienen los hombres.

De la misma forma, su participación política ha sido muy variada, no uniforme, pues ha dependido directamente de su condición, por lo que el movimiento de mujeres ha tenido que enfrentar su propia diversidad interna ya sea como francoquebequense, anglocanadiense o de las Primeras Naciones. Las conquistas obtenidas se han incrementado sustancialmente durante las dos últimas décadas: la primera jueza de la Suprema Corte fue elegida en 1982, y en 1984 fue

electa la primera gobernadora general. Hacia 1995, las mujeres representaban el 18 por ciento de los miembros del Parlamento, colocando a Canadá en el lugar 21 de los países clasificados por la Unión Interparlamentaria. En comparación, ni Estados Unidos ni México pertenecen a los primeros 25 países de la lista elaborada de acuerdo con estos principios.

En años recientes, se han suscitado importantes cambios en materia de política social. En este sentido, la preocupación central de SUSAN A. McDANIEL radica en la reducción sustancial de las funciones del Estado canadiense al fin del milenio. Con el objeto de reducir el déficit presupuestal y la deuda, se han hecho recortes sustanciales en el sector público y en materia de asistencia social, y con ello ha disminuido la capacidad y la voluntad para transferir recursos y distribuir la riqueza más equitativamente, siendo las mujeres las primeras en percibir el impacto de esas reducciones. Estos cambios en la política social han sido reemplazados, según ella, por una política de polarización basada en categorías demográficas y sociales que incluyen una polarización entre los géneros. A la vez que se ha renovado el énfasis de las labores femeninas en la esfera del hogar, en la crianza, en la atención y cuidado de los hijos, simultáneamente ha surgido una feminización en el mercado laboral, pues hay un mayor número de familias uniparentales encabezadas por mujeres y un incremento de las familias con más de dos miembros con ingresos. Factores tales como la disminución de la fertilidad, el aumento de las disoluciones maritales y de la participación de las mujeres casadas en el mercado laboral testifican, según algunos, que la familia se encuentra en crisis. Es verdad que en la actualidad más mujeres asalariadas se encuentran en los mercados laborales pero en condiciones diferentes: es más frecuente el trabajo por horas mal remunerado y sin prestaciones sociales, con un compromiso mínimo por parte del patrón. A la vez, las mujeres son frecuentemente las beneficiarias de las prestaciones gubernamentales, en su mayoría madres solteras o bien pensionadas, dado que viven más años que los hombres y, por ende, más tiempo solas, en ocasiones como discapacitadas y muy frecuentemente en la pobreza. McDaniel estima que la erradicación de la pobreza y las acciones para reducir la inseguridad familiar de las mujeres son elementos esenciales que pueden contribuir a mejorar el estatus, el bienestar, las expectativas y las oportunidades de las mujeres; cambios en política social opuestos a los que ocurren hoy.

Por lo que respecta a la participación de las mujeres en los medios masivos de comunicación, MICHÉLE MARTIN parte de la base de que los papeles e imágenes de los diferentes tipos de mujeres son esenciales para entender sus experiencias en la sociedad y que éstos han cambiado durante las

dos últimas décadas. Mientras que algunos medios toman en cuenta estos cambios, la mayoría continúa utilizando imágenes estereotípicas que todavía forman parte de la cultura y los valores dominantes. Estudia los diarios, las revistas y la televisión, medios influidos por quienes los financian y los administran y por quienes conciben y producen sus contenidos y, con frecuencia, son el producto del conocimiento masculino. Estima, sin embargo, que en los últimos veinte años las mujeres no han hecho grandes progresos, sobre todo en los contenidos de los medios impresos y la televisión. Más aún, los cambios ocurridos fueron superficiales. Un ejemplo de ello es la publicación *La bonne Parole*, la cual es una revista importante relativa a los cambios sociales que afectaban las condiciones y el lugar que ocupaban las mujeres en la sociedad quebequense; otro, es el primer programa de televisión *Femme d'ajord'hui*, el cual es particularmente interesante, pues surgió en los años sesenta como no feminista y en el transcurso de los años fue promoviendo la discusión de temas más profundos: desde las tareas tradicionales de las mujeres hasta el análisis del matrimonio, el control de la natalidad, el aborto, los salarios, etc., encaminándose poco a poco a preocupaciones sociales. Considera que en la actualidad tan sólo el 10 por ciento de todos los puestos creativos (productoras, escritoras, editoras) están ocupados por mujeres, mientras que la mayoría ocupa cargos de menor rango. Abunda en las diferentes formas sexistas tanto en programas, producción y tiempos, impregnadas todas ellas de una ideología patriarcal, dominante y con usos discriminatorios hacia las mujeres, pues la realidad proyectada es construida en su mayor parte por hombres, quienes con sus valores e ideologías tradicionales, todavía son mayoritarios en el proceso de producción. Finalmente, considera que el cambio más sustantivo sólo se dará cuando una masa crítica de mujeres se encuentre involucrada en el proceso de producción, para así modificar las estructuras de los medios desde adentro, condición esencial para que tenga lugar cualquier cambio serio y profundo.

Múltiples cifras y datos confirman que, en términos generales, las mujeres norteamericanas han cambiado muy rápidamente durante los últimos cuarenta años. A pesar de las diferencias cualitativas entre un país y otro, hoy día sus vidas son radicalmente diferentes de las que tuvieron sus madres o sus abuelas. Para comenzar, viven más años, trabajan más, tienen una mayor participación política y tienden a organizarse formalmente, lo que ha ocasionado que cada vez más sean escuchadas y, en algunos casos, sus crecientes demandas sean atendidas e implementadas legalmente. Con el fin de conocer la situación socioeconómica y su participación política, es necesario analizar ciertos datos de las mujeres en los tres países.

LA MUJER ESTADUNIDENSE

Las mujeres conforman hoy día un grupo ligeramente mayoritario, participando con el 51 por ciento de la población estadounidense. De acuerdo con las cifras publicadas por la Oficina del Censo de Estados Unidos, actualmente el 73 por ciento de la población femenina estadounidense es blanca; 12 por ciento negra; 3 por ciento asiática y 10 por ciento hispana —se espera que esta última aumenten significativamente por las altas tasas de inmigración proveniente de los países asiáticos y de Latinoamérica, así como por las más altas tasas de natalidad de estas minorías étnicas con respecto al promedio nacional—; y 1 por ciento indígena. La edad media de 133 millones de mujeres es de 35 años, y tienen en promedio 2 hijos. El 74 por ciento de las mujeres utilizan métodos anticonceptivos, y la tasa de mortalidad por causas de embarazo ha descendido sustantivamente, pues tan sólo 1 de cada 3 300 mujeres mueren por esta causa.¹⁶

En términos laborales y de acuerdo con el *Statistical Handbook on Women in America*,¹⁷ cada vez más mujeres ingresan al mercado de trabajo a pesar de que continúan siendo empleadas en trabajos de más bajo nivel que los hombres, quienes todavía mantienen el 95 por ciento de las posiciones de más alto nivel en dicho mercado. Así, a mediados de la década de los noventa, el 46 por ciento de todos los participantes civiles en la fuerza de trabajo estaba compuesto por mujeres. Entre ellas, el 59 por ciento del total de las mujeres estadounidenses participaba en el mercado laboral, muchas de las cuales ocupan niveles altos o se han independizado y tienen sus propias compañías. La realidad económica contemporánea indica que la mayoría de las familias de clase media necesitan dos ingresos para poder conservar su nivel de vida, pues tan sólo el 3.1 por ciento de los matrimonios tiene un solo salario. Un número mayor de madres con hijos pequeños se encuentra en la fuerza de trabajo, aunque una proporción significativa de ellas participa en trabajos denominados de “cuello rosa” o de medio tiempo. Las diferencias en la participación laboral, en términos de género, se han reducido sustancialmente, lo que ha redundado en una distribución más equitativa del trabajo en casa entre marido y mujer. Por lo que respecta a sus salarios, también persiste una considerable diferencia entre géneros; sin embargo, según Blau, los salarios de las mujeres se han incrementado sustan-

¹⁶ Joni Seager, *The State of Women in the World* (England: Penguin Reference, 1997), varios cuadros.

¹⁷ Cynthia M. Taeuber, *Statistical Handbook on Women in America* (Phoenix: Oryx, 1996), varios cuadros.

cialmente durante los últimos 25 años en virtud de que se han movido a categorías ocupacionales con salarios más altos.¹⁸

En este sentido, ELIZABETH GUTIÉRREZ ROMERO, investigadora del CISAN, analiza la ubicación de la mujer en el mercado laboral. Aun cuando parte del género como categoría de análisis, sostiene que dicha categoría está estrechamente interconectada por las otras categorías de raza y clase, mismas que definen la situación de ventaja o desventaja de las mujeres contemporáneas en Estados Unidos. Para ella, está muy claro que las mujeres de raza blanca han ejercido un dominio en la sociedad, particularmente en la determinación de niveles salariales, pues han mantenido menores tasas de desempleo: hacia 1990, los niveles de desempleo para las mujeres afroamericanas, hispanas y blancas fueron respectivamente de 10.8, 8.3 y 4.6 por ciento. La incorporación de las mujeres al mercado laboral se ha incrementado, pero no fue sino hasta los años setenta cuando este proceso se aceleró ante la caída de los salarios reales de los hombres —jefes de familia—, como resultado de un largo proceso de recesión e inflación. Para 1994, el porcentaje de las mujeres que trabajaban o buscaban hacerlo alcanzó el 46 por ciento de la fuerza de trabajo, apreciándose una disminución de la fuerza de trabajo masculina. Hacia 1990, el 57 por ciento del total de las mujeres se encontraba en la fuerza de trabajo. Con respecto al tipo de ocupaciones, Gutiérrez encuentra que aún continúan siendo las labores tradicionales o propias del trabajo femenino las que prevalecen: ventas, apoyo administrativo (secretarial) y servicios, aunque crece la participación en este último sector significativamente. Finaliza señalando que la educación ha sido un factor determinante en lo relacionado con los ingresos durante los últimos años, a pesar de que todavía son pocas las mujeres —en su mayoría blancas— las que han accedido a empleos de salarios medios y altos y las que logran obtener altas posiciones de la administración empresarial.

Es importante destacar que el hecho de que las mujeres cada vez ocupen mayor cantidad de puestos en el nivel profesional está directamente relacionado con sus significativos avances en los niveles de educación superior. Las mujeres participan con más de la mitad de los estudiantes que cursan estudios de licenciatura, y con un tercio de quienes cursan estudios de maestría y doctorado.¹⁹ Por su parte, de acuerdo con el *Statistical Handbook on Women in America*, la participación política de las mujeres estadounidenses ha sido también

¹⁸ Francine D. Blau, "Trends in the Well-Being of American Women 1970-1995", *Journal of Economic Literature*, no. 26 (marzo de 1998): 112-165.

¹⁹ Joyce Tang y Earl Smith, *Women and Minorities in American Professions*, SUNY series (Nueva York: State University of New York Press, 1996), páginas introductorias.

cada vez mayor: el 11 por ciento de los integrantes del Congreso son mujeres y 1 600 fueron electas para ocupar puestos oficiales a nivel estatal. Durante el 103 Congreso en 1993, 47 diputadas y 7 senadoras, más del doble que una docena de años atrás, eran mujeres.

La investigadora del CISAN, SILVIA NÚÑEZ GARCÍA sostiene que el siglo xx se ha caracterizado por el papel protagónico de las mujeres estadounidenses para conquistar y consolidar derechos como el sufragio, la educación y mejores oportunidades de realización personal; a la vez que ha despertado la revaloración social de sus papeles tradicionales como ama de casa, madre, esposa, etc. El paulatino acceso de las mujeres a la instrucción formal ha sido paralelo a la conformación de una sociedad industrial. Estima que no se puede hablar de experiencias históricas homogéneas para todas las mujeres en una sociedad típicamente meritocrática, de recompensas inmediatas, pues “el sueño americano” ha privilegiado a unas cuantas y marginado a otras muchas. Sin embargo, actualmente las mujeres han alcanzado importantes niveles educativos en nivel licenciatura, maestría y doctorado a la vez que se han registrado cambios sustantivos respecto a las disciplinas que tradicionalmente seleccionaban, como biología, medicina y derecho, entre otras. Describe cómo sumadas a las conquistas por el sufragio y la Acción Afirmativa, el Congreso ratificó en 1974 La ley de Equidad en la Educación para las mujeres, con el fin de eliminar las prácticas discriminatorias, con base en el género, dentro de aquellas instituciones que reciben fondos del gobierno federal. Sin embargo, apunta Núñez, durante los últimos años se han cuestionado —y en algunos casos cancelado— los “privilegios especiales” otorgados por los Programas de Acción Afirmativa para las mujeres y las minorías, con base en el argumento de que estas políticas dañan la autoestima de estos grupos, e impiden que la sociedad les reconozca plenamente en función de sus méritos personales. Finalmente, cuestiona el paradigma democrático por el que tanto ha pugnado Estados Unidos, en el sentido de que las prácticas neoliberales aplicadas no equilibran los intereses colectivos. Concluye resaltando que los espacios conquistados por las mujeres dentro del sistema educativo estadounidense presentan un gran potencial para enfrentar la transición de sus papeles sociales tradicionales hacia otros nuevos en el siglo xxi.

LA MUJER MEXICANA

En el continente americano, Estados Unidos ocupa la primera posición en términos de población y México la tercera, pero el onceavo lugar a nivel mundial. De acuerdo con datos provenientes de las encuestas realizadas por la Comisión

Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)²⁰ y el Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI),²¹ hacia 1995, el 50.4 por ciento de la población total del país, es decir, 46 257 791 de sus habitantes, eran mujeres, con una tasa media de crecimiento total de población de 1.8 por ciento, o con una tasa de fecundidad de 2.8, residiendo el 60 por ciento en áreas urbanas. La población indígena representa el 7.9 por ciento de la población total. Con un producto per cápita de 3 872 dólares anuales se encuentra muy alejado de sus dos socios Canadá y Estados Unidos con uno de 20 541 y 23 179 dólares, respectivamente.

Las condiciones de vida de las mexicanas, en general, han ido mejorando paulatinamente durante las últimas cuatro décadas. Uno de los cambios fundamentales se refiere al aumento de su nivel educativo, alcanzando al de los hombres en casi todos los ámbitos de la educación formal. No obstante, sigue manifestándose una segmentación por género en cuanto a la elección de sus carreras y a la capacitación técnica así como profesional. Con un nivel educativo intermedio a nivel internacional de siete años promedio de escolaridad, se han registrado avances significativos de las mujeres en comparación con los hombres, pues los superan ya en estudios de primaria completa (22.5 vs. 21.8 por ciento); en mayor medida en el nivel de secundaria (31.7 vs. 24.2 por ciento) y casi en términos iguales en la educación media superior (17 vs. 17.4 por ciento). Han mejorado, asimismo, las condiciones de salud de las mexicanas aunque se manifiestan deficiencias apreciables de acuerdo con el nivel socioeconómico. Tan sólo 110 mujeres mueren por cada 100 000 nacimientos, por causas relacionadas con la maternidad.

En términos laborales, a pesar de que un grupo mayoritario realiza exclusivamente trabajo doméstico, una de las tendencias más claras es la creciente incorporación de las mujeres al mercado de trabajo mexicano. Mientras que en los años setenta el 17.6 por ciento de las mujeres participaba en la actividad económica, para 1993 el 33 por ciento se encontraba inserto en el mercado de trabajo, constituyendo ellas el 54.2 por ciento de los asalariados. En cuanto a diferencias salariales, se observan inequidades significativas casi en todas las actividades. Un efecto evidente es la mayor inserción de las mujeres en prácticamente todos los grupos ocupacionales, participando principalmente como vendedoras en el comercio, como trabajadoras domésticas, artesanas, obreras, agricultoras, y crecientemente en el sector servicios. A partir de la década de los ochenta se da una mayor feminización de las actividades docentes en casi

²⁰ CEPAL, *Panorama social de América Latina* (Chile: Organización de las Naciones Unidas, 1996).

²¹ INEGI, *La mujer mexicana: un balance estadístico al final del siglo xx* (México: INEGI, 1995).

todos los campos. Pero uno de los cambios más importantes que se aprecia es la tendencia al equilibrio por género de las profesionistas y técnicas, en donde las mujeres se han incorporado con gran intensidad (43.6 por ciento de mujeres vs. 56.4 por ciento de hombres en 1993) al mercado de trabajo.

Por lo que respecta a la participación política de las mujeres, se han registrado algunos avances en las últimas décadas, pero éstos son mucho más modestos que los ocurridos en otras esferas como la laboral y la educativa. Así, tenemos que para 1995, en el Poder Ejecutivo, el número de funcionarias representaba el 9 por ciento, y tan sólo una docena han ocupado cargos a nivel de secretarías de Estado o gobernadoras. En el Poder Judicial, las mujeres representan el 19 por ciento de los puestos de mayor nivel y en la LVI Legislatura del periodo 1995-1998, sólo el 13.7 por ciento de un total de 628 escaños son ocupados por mujeres, siendo el partido con mayor representatividad femenina el PRD —32 por ciento de sus escaños son de diputadas y 14 por ciento de senadoras.

De acuerdo con Valdés y Gomariz, el movimiento amplio de mujeres integra hoy día tanto a feministas, como a trabajadoras, campesinas y mujeres populares. Cuenta con numerosas organizaciones, programas académicos, ONGs de acción social, organizaciones políticas y sindicales. Si bien el mayor número se concentra en el Distrito Federal, diversos estados han desarrollado valiosas experiencias e iniciativas y han realizado numerosos encuentros.

DALIA BARRERA BASSOLS aporta elementos a la discusión con respecto a la participación política de las mujeres. Señala que los procesos para lograr el derecho al voto, así como los referentes a la incorporación de las mujeres a cargos de representación popular, han sido muy lentos. Expone, con múltiples cifras, los avances en los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial, donde existe una mayor confianza hacia las mujeres. Relata cómo, en 1954, se eligió a la primera diputada y en 1963 a las dos primeras senadoras; en 1961 fue nombrada la primera ministra de la Suprema Corte de Justicia y hasta 1981, la primera Secretaria de Estado, en el mismo año que fue electa la primera gobernadora; ninguna mujer ha ocupado el cargo de Presidente de la República, pero tres han sido candidatas a la presidencia. Establece que en el D.F., la participación política ha sido mayor: hacia 1993, el 18.8 por ciento de las delegadas eran mujeres, por ejemplo. Los partidos políticos han estado conscientes de crear un mayor espacio para las mujeres. Un porcentaje importante de la militancia femenina en los partidos de oposición ha estado constituida por mujeres: el 48 por ciento de la militancia en el PRD y el 44 por ciento en el PAN, mientras que el 40 por ciento es considerado para el PRI. A partir de 1987, los tres par-

tidos cuentan con organizaciones como el Consejo de Integración de la Mujer, del PRI, con el fin de impulsar la participación de las mujeres en la vida política dentro de los partidos. La presencia de las mujeres en otras esferas ha sido variada pues, por ejemplo, han estado activamente representadas en las Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) ocupando el 30 por ciento de puestos directivos en 1993, no siendo así para el caso de la dirigencia de las organizaciones sindicales, donde el 11 por ciento de los empleados públicos son mujeres; el 15 por ciento en la industria; el 8 por ciento en los servicios y ninguna entre organizaciones campesinas. Su presencia en las confederaciones nacionales sindicales no rebasa el 8.5 por ciento. Barrera estima que la mayor participación de las mujeres en la vida política y su acceso a la toma de decisiones ha estado estrechamente vinculada con el proceso de democratización en la vida nacional. Considera que una más equitativa distribución de las labores domésticas en la vida familiar, facilitaría la incursión de las mujeres en dichos cargos. Por ende, el acceso a la ciudadanía plena debe pasar por la democratización de las relaciones en el espacio familiar. Finalmente, considera que existen temas que suscitan intereses comunes entre las mujeres de diversas ideologías y preferencias partidarias, tales como la violencia intradoméstica y el hostigamiento sexual, así como la problemática de la salud reproductiva, aunque al respecto no existe consenso en cuanto a las medidas propuestas para su solución.

OLGA L. BUSTOS ROMERO reflexiona en cuanto a la participación y las estrategias de cambio de las mujeres en los medios de comunicación. Parte de la base de que se han suscitado algunos cambios; sin embargo, hoy día dicha participación sigue siendo secundaria, marginal y con poco reconocimiento. Estima que el índice más significativo es el de las mujeres en cargos directivos —16 por ciento— en compañías radiodifusoras y televisoras, en donde todavía se privilegia el estereotipo de mujeres madres-esposas-amas de casa, encasillándolas dentro del ámbito de lo afectivo o lo emocional, en contraposición con los hombres a quienes se les ubica en el campo de lo racional, con un manejo de estos atributos en términos de una bipolaridad. Lo anterior deriva en los llamados papeles de género, a través de los cuales se establecen funciones y actividades diferentes para mujeres y para hombres, marcando las desigualdades en cuanto a participación en todos los ámbitos, desde el familiar, hasta el económico, el político y el laboral, entre otros. Finalmente, no deja de reconocer que han ocurrido cambios en los medios de difusión, pero argumenta que todavía se observa una ausencia de pluralidad, pues se siguen proyectando imágenes de mujeres con actividades y funciones muy tradicionales, rígidas y limitadas.

III. Producción científica, literaria, artística y fílmica de las mujeres

En general las mujeres sabemos poco sobre las mujeres, pero al analizar la producción científica, artística, literaria y fílmica, podemos llenarnos de satisfacción al observar el progreso que hemos alcanzado en estos campos durante los últimos años. Este capítulo nos brinda las experiencias vividas por mujeres de las tres naciones con unas muy ricas culturas aunque diferentes entre sí. Dicha producción, ha sido de las más importantes a nivel mundial, y es aquí donde las asimetrías desaparecen, sobre todo en los campos del arte, la literatura y el cine. Aun cuando las mujeres siguen siendo minoría con respecto a los hombres en el plano de la investigación científica, se han observado algunos cambios tendientes a reducir dicha desigualdad. Considero que las creaciones artísticas, literarias y fílmicas han tenido un importante impacto no sólo en la producción misma y el fortalecimiento de innovadores enfoques, sino que han alimentado y enriquecido no sólo a sus culturas, sino también a sus propias disciplinas.

LAS MUJERES EN CANADÁ

Con respecto a la producción científica en Canadá, JANICE G. DODD, DONNA CHOW Y RACHEL McKENNA estiman que es preocupante la baja representación de las mujeres en la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas. Una encuesta nacional sobre las diferencias de género en la formación y financiamiento en la investigación en ciencias de la salud, muestra la lentitud del cambio respecto a la participación de las mujeres en dicho ámbito. Destaca que debido al aislamiento de las mujeres que trabajan en la ciencia y a la naturaleza de la educación científica formal, que enfatiza la competencia, independencia y meritocracia, la actividad política organizada ha estado prácticamente ausente en sus posiciones, especialmente en Quebec. Sin embargo, se han registrado movimientos importantes de mujeres científicas en torno a la organización de la salud femenina, que indudablemente requieren de feministas de otras disciplinas para lograr cierta transformación. Destaca como un cambio estratégico decisivo la reciente constitución de la Coalición Nacional de Científicas e Ingenieras, la cual respondió tanto a la necesidad de crear programas que apoyen a las mujeres en las disciplinas antes mencionadas, como a las dolorosas pérdidas de los programas ya existentes debido a los recortes fiscales. Estas autoras estiman que deben modificarse dramáticamente la pedagogía, el currículo y la

cultura de la ciencia, con el fin de alcanzar una mayor participación de las mujeres en la ciencia y tecnología.

En términos de los avances de la literatura femenina canadiense durante los últimos cuarenta años, KEITH LOUISE FULTON sostiene que ser lectora de la escritura de mujeres le ha proporcionado un acceso incomparable al descubrimiento de las mujeres mismas, a sus sentimientos y recuerdos. Considera que se puede descubrir su propia resistencia individual y colectiva en las condiciones de opresión que existen en sus vidas. Plantea que a partir de que el Consejo Canadiense financia las artes y desde luego influye en las políticas culturales, la ficción y poesía escrita por las mujeres ha decaído sustancialmente, dado que otorgan mayor financiamiento a hombres que a mujeres. Actualmente, la literatura de Canadá es conocida internacionalmente por los trabajos de muchas mujeres escritoras, quienes escriben desde un contexto canadiense particular, y en general sobre sus experiencias. Entre las más destacadas se encuentran: Jeanette Armstrong, Margaret Atwood, Dionne Brand, Beth Brant, Chrystos, Nicole Brossard, Mavis Gallant, Margaret Laurence, Alice Munro, Gabrielle Roy, Carol Shields, Daphne Marlatt, Ruby Slipperjack, Jane Rule, Elly Danica y Sky Lee. Estima que las escritoras canadienses contemporáneas están produciendo relatos sobre diferentes mujeres, sus conciencias y experiencia, que pueden ser entendidos como algo más que pluralismo; es decir, hablan en voz lo suficientemente alta para que las lectoras sean capaces de escucharlas. Distingue que en este medio las mujeres no se comportan con dureza como en sus luchas políticas, por el contrario, se muestran cooperadoras e incluso curativas.

JOYCE ZEMANS examina, en primer término, la situación contemporánea de las mujeres creadoras en las artes visuales de Canadá, a través de un repaso histórico de tres casos de mujeres artistas líderes en Canadá, específicamente en Toronto en el presente siglo: Kathleen Munn, una de las primeras pintoras modernistas; Joyce Wieland, quien alcanzó la madurez artística en la década de los años cincuenta y que ha sido caracterizada por algunos como la principal artista mujer canadiense que tuvo un gran éxito viva; y Vera Frenkel, quien como artista llegó a tener una posición importante en la comunidad académica y en la conformación de la carrera de muchos de los artistas contemporáneos. En segundo término, analiza la situación actual y el papel que han desempeñado las instituciones así como la crítica y la historia del arte canadienses, al definir los logros de estas mujeres. Posteriormente, describe el apoyo institucional en términos de becas otorgadas a las artistas visuales, de teatro, de música, de cine, de video y danza por parte de las principales fuentes de fondos para las artes: el Consejo de Canadá, la Galería Nacional y la Escuela de Arte de

Ontario.²² Le preocupa que la mayoría de las artistas canadienses estén subrepresentadas en las galerías y en los textos que documentan la historia; dice que generalmente reciben menor apoyo de los programas y becas patrocinados por el gobierno y que se paga menos por el trabajo de ellas que por el de sus colegas masculinos. Destaca que el reconocimiento está vinculado con la reputación y con la infraestructura institucional del mundo del arte, a saber, el sistema de galerías públicas, el de becas y apoyos individuales, por lo que analiza el caso de la Galería Nacional de Canadá, en donde, por ejemplo, la obra de Munn nunca llegó a formar parte de su colección mientras ella vivía y en cambio las de Wieland y Frenkel tuvieron exposiciones que apoyaron su éxito y se encuentran muy bien representadas en su colección. Hoy, el 22 por ciento de los artistas exhibidos en galerías comerciales privadas son mujeres. En la tercera sección de su artículo, aborda la situación de las mujeres en el teatro y la de las compositoras. Las probabilidades de escuchar una obra musical de una compositora canadiense es limitada, no así el trabajo de las dramaturgas, el cual ha tenido más éxito, sobre todo en los escenarios alternativos, aunque pocas son las que logran ser directoras en este ámbito. Sin embargo, el ambiente crítico ha mejorado, debido a la consolidación de los estudios sobre la mujer o feministas en Canadá, así también el creciente papel que desempeñan las mujeres como catalizadoras del cambio tanto en la práctica de las artes como en las organizaciones artísticas. Concluye señalando que las mujeres han alcanzado la posición de artistas líderes en todas las disciplinas y cada vez son más reconocidas por sus conquistas. Las ganancias han sido lentas pero constantes, aunque hoy corren peligro en virtud del debilitamiento de las instituciones que han apoyado a las artistas canadienses.

En términos de cultura popular, teoría fílmica feminista y cine canadiense de mujeres, KAY ARMATAGE argumenta que Canadá escaló hasta llegar al primer lugar mundial en cuanto al número de mujeres empleadas activamente en la industria fílmica. Después de varios años con métodos de estructuras patriarcales, los estudios sobre cine han comenzado a convertirse en estudios culturales, utilizando metodologías de la teoría fílmica feminista. Plantea que la globalización de la economía ha ejercido una influencia tal que se ha tambaleado la noción de una cultura nacional canadiense con la firma del Acuerdo de Libre Comercio (ALC) entre Canadá y Estados Unidos en 1988. Dado que la industria fílmica canadiense sufrió un golpe —el cine canadiense ocupó tan sólo

²² El Consejo de Canadá es el órgano federal que no sólo fundó la producción cultural canadiense, sino que también dio apoyo al intercambio interno a través de la difusión regional. La Escuela de Arte de Ontario se ocupa de la educación superior de las mujeres artistas.

un 3 por ciento del tiempo de pantalla en su propio país— y se exhibían un 92 por ciento de productos filmicos estadounidenses en las cadenas de cine canadiense, se crearon fondos federales para apoyar a los distribuidores locales para financiar filmes del país. El hecho de proteger su propia cultura sentó un precedente para celebrar acuerdos comerciales con otras naciones. En la era del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC), la cultura canadiense se ha visto más presionada aún, pues dado que el Consejo Canadiense se está desmantelando, también las compañías como Canadian Broadcasting Corporation y Telefilm Canada están sufriendo severos recortes, situación que pone en riesgo de una caída estrepitosa a la cultura nacional. Esta situación ha impactado a la producción fílmica hecha por mujeres, misma que se ha reducido drásticamente. Sostiene que hoy la industria fílmica canadiense mantiene su viabilidad económica, gracias al vasto número de películas estadounidenses cuya producción se realiza en Toronto y Vancouver, con guiones, directores, estrellas y financiamiento estadounidenses, pero con técnicos canadienses, procesadas en laboratorios locales. Ennumera los grandes éxitos de películas como *Ghostbusters*, *Twins*, *Private Parts*, por ejemplo, en donde han trabajado un importante número de canadienses, pero a las cuales se considera como exitosas películas estadounidenses. Sin embargo, como resultado de movimientos nacionalistas para “recanadienizar” y para apoyar la producción cultural del país ha florecido la cultura canadiense. Como resultado de este apoyo han surgido destacadas personalidades, como: Atom Egoyan, Patricia Rozema, Denis Arcand, Margaret Atwood, Robertson Davies, Alanis Morissette, Celine Dion e incluso David Cronenberg y el programa de televisión *Due South*. Añade, finalmente, que durante los últimos treinta años, la imbricación del nacionalismo y el feminismo dio como resultado un mayor número de oportunidades para las mujeres en las industrias culturales canadienses.

Por su parte, la investigadora mexicana del CISAN, GRACIELA MARTÍNEZ-ZALCE sostiene que hoy día las categorías están en tela de juicio pues ya no se habla de la mujer sino de las mujeres: seres determinadas por su raza, su condición social, sus preferencias sexuales, entre otros; no se habla de feminismo unívoco. Considera que nos encontramos en una época de infinita fragmentación, pues todo es relativo, todo parece susceptible de convertirse en su contrario. Analiza tres de las películas anglocanadienses exhibidas de manera paralela al coloquio, en el ciclo LA CÁMARA DE EVA, dado que esta situación le permitiría a un auditorio mexicano tener un referente preciso e inmediato. A través de estas películas podemos reflexionar sobre las mujeres contemporáneas canadienses ante realidades concretas, proyectando diferentes periodos en sus vidas, pues

las protagonistas tienen edades que van desde los veinte hasta los ochenta años y provienen de distintas regiones, tradiciones y condiciones socioeconómicas. La primera de ellas, *Double happiness* muestra la historia de una mujer joven chinacanadiense que vive entre dos lenguas, dos tradiciones, entre el mundo del hogar y el de la calle. *When night is falling*, película sobre amor y psique en dos cuerpos de mujer, aborda el tema de la culpa, el pecado contra natura, es decir, de lo que representa el atrevimiento de ser lesbiana aunque al final el amor lo resuelve todo. Y, finalmente, en la película de ficción y a la vez documental *The Company of Strangers*, mujeres octogenarias muestran, en sus recuerdos y experiencia, diferentes historias de mujeres muy distintas entre sí. A través de las tres películas reflexiona sobre las mujeres contemporáneas ante realidades concretas.

LA MUJER EN ESTADOS UNIDOS

CLAIRE JOYSMITH, investigadora del CISAN, al describirnos la literatura femenina estadounidense considera imperativo no sólo incluir sino dar relieve a las escritoras de las etnias, dado que constituyen una presencia esencial en la nueva y vibrante vertiente de la producción literaria contemporánea. Considera que su lenguaje y estrategias narrativas, así como su expresión de experiencias diversas y diferenciadas, dan voz a múltiples realidades que habían permanecido en el silencio. Plantea que si la escritura femenina se entiende como diferencia, como otredad dentro del mundo estructurado por conceptos que ubican al hombre como el centro, dentro de un sistema falocéntrico, resulta claro que concientizarse de ello implica una labor deconstructiva y reconstructiva de autodefinición, reescrituración e incluso de reinención. Estima que en el caso de las escritoras de las etnias, su labor es aún más compleja, pues no sólo se encuentran marcadas y marginadas en tanto género, sino también en tanto raza y clase, y se ven obligadas a negociar de manera constante su estatus de identidad así como su lugar dentro de la sociedad estadounidense. Afroamericanas, latinas, chicanas o indígenas, ubicadas dentro de la otredad, están impulsadas a rescatar sus orígenes y remarcar esta diversidad dentro de la diferencia genérica ya sea como escritoras o críticas. Destaca a la escritora chicana Sandra Cisneros, a la afroamericana Toni Morrison —quien obtuvo el Premio Nobel— y a la chinamericana Amy Tan, quienes se han convertido en una especie de embajadoras de su cultura, de su etnia y su raza, no sólo ante la sociedad “anglo blanca”, sino también ante la no estadounidense.

Por su parte, AVITAL H. BLOCH parte del principio de que en la historia del arte las mujeres han sido representadas por estereotipos femeninos como hermosas, pasivas, resignadas en silencio, criando niños, serenas, pías; pero también histéricas, humilladas o sujetas al sadismo, se les presenta desnudas o sexualmente dispuestas a través de la mirada masculina, y se les ha percibido insignificantes con respecto a los aspectos centrales de la historia como la guerra, el mundo de la política, los asuntos urbanos. Aunque han habido mujeres artistas a lo largo de la historia, se les restringía tratar la sexualidad femenina o los interiores emocionales. Sin embargo, considera que el feminismo abrió camino para un nuevo tipo de arte de mujeres, en tanto ellas han respondido con sus experiencia deconstruyendo y luego recreando estereotipos femeninos anteriores. Así, en la historia de Estados Unidos han surgido un número significativo de pintoras, a pesar de las dificultades que enfrentaron como mujeres creativas y exitosas. Describe cómo Georgia O'Keeffe, pintora pionera y reconocida por su contribución al modernismo en las décadas de los años veinte y treinta, cuenta con una obra distintivamente femenina, convirtiéndose en un icono de las mujeres estadounidenses por su estilo de vida independiente. Considera que en los años sesenta la artista feminista más representativa en la costa oeste es Judy Chicago, quien desarrollando un estilo de pintura minimalista, fundó varias insituciones y sostenía que al expresar las mujeres sus percepciones distintivas de la realidad a través de un nuevo arte de mujeres, esto crearía "un público femenino", es decir, control, uso y consumo de su arte. Otras artistas que analiza, mismas que han disfrutado del éxito en la era posfeminista, son Cindy Sherman y Kiki Smith, quienes tratan asuntos de la identidad y la condición de las mujeres, principalmente el cuerpo y la psicología femeninas. Sostiene también que a pesar de que la fotografía ha sido de acceso más restringido para las mujeres, Diane Arbus ha sido reconocida como una artista innovadora en este campo, resaltando en su obra los secretos del tabú, de lo prohibido y del mundo oculto, así como Sally Mann, que retrata principalmente a niños como miembros débiles de la sociedad, a los espacios privados del hogar y a la maternidad. Concluye señalando que el feminismo de la generación más joven ha sido más sombrío y menos político y radical, pero persiste el ideal de la igualdad y sus obras dan cuenta de los conquistas del feminismo en Estados Unidos.

Por último, LINDA LÓPEZ McALISTER, a través del análisis de varias películas hechas por y sobre mujeres, considera que la década de los noventa ha sido un periodo de avance para las mujeres en los filmes comerciales de Hollywood, aunque persisten las viejas representaciones ofensivas de la mujer dado que la industria fílmica estadounidense continúa concentrando la mayoría de sus recursos

en producir cintas que atraigan a hombres jóvenes no feministas. Sin embargo, estima que actualmente existe un mercado para un cine que muestra las voces femeninas, a veces en contra de la esencia de los deseos y definiciones masculinos, y que cada vez más se representa en la pantalla a las mujeres tal como son, quizá feas, rudas e incluso a veces brutales y violentamente vengativas, de la misma forma que los hombres lo han sido a través de la historia del cine. Cree que apenas se están comenzando a obtener los objetivos planteados por las feministas en los años setenta, es decir, lograr una amplia variedad y deslumbrante diversidad de opciones. Señala que los años setenta y ochenta fueron décadas caracterizadas por la ambivalencia, un periodo en que para las mujeres fue difícil llegar a un consenso sobre contenidos. Considera que el estilo de las películas de principios de la década de los noventa y de la nueva era de la mujer en el cine está marcado por *Thelma y Louise*, película que engloba, transforma y sobrepasa la etapa de la ambigüedad. Estima que el tema del castigo, generalmente para aquellos hombres que han tratado mal a las mujeres, ha sido representado en películas como *She Devil*, *A League of Their Own*, y la más reciente *The First Wives Club*. También se encuentran aquellas películas feministas de Hollywood que logran transmitir la capacidad de las mujeres de triunfar al igual que los hombres en diversos ámbitos profesionales, como es el caso de *This is my Life*, *Twister*, o donde se muestra la amistad femenina como en *Fried Green Tomatoes*, de amores abiertos entre lesbianas como en *Bound*, o en donde las mujeres de color pasan a ser el escenario central como en una verdadera obra de castigo *What's Love Got to do With it*, así como *Waiting to Exhale*.

LA MUJER EN MÉXICO

Con respecto a las actividades científicas de las mujeres en México, NORMA BLÁZQUEZ GRAF plantea algunas características de su situación actual y del papel que han jugado en el desarrollo de la ciencia nacional a finales del milenio. Señala que a pesar de que las mujeres se incorporan a los estudios superiores a partir de la segunda mitad de este siglo, hoy alcanzan una proporción semejante a la de los hombres con el 48 por ciento. Sin embargo, aclara que todavía existe un número reducido de mujeres en áreas que tienen impacto en la producción y que definen las relaciones económicas tales como la ingeniería, física, medicina, química entre otras. La participación de las mujeres como investigadoras es todavía incipiente pero ha ido gradualmente en aumento. En realidad se sabe poco acerca de las mujeres que actualmente tienen una posición en la

ciencia, pero se sabe que aquellas que la alcanzan, por lo general, sus padres y parejas son profesionistas con actitudes positivas hacia los estudios superiores, y tienen pocos hijos que han sido cuidados por un familiar, o persona contratada. Finalmente, señala que las aportaciones y críticas de las mujeres han estado enfocadas, por un lado, a aclarar o corregir diversos aspectos de las concepciones sobre el género y el conocimiento mismo y por otro, han colaborado a las críticas que se hacen a la objetividad, racionalidad y orientación de la ciencia, críticas que se relacionan con las demandas que han planteado las mujeres a través de los movimientos pacifistas, ecologistas y otros.

Por lo que respecta a la producción literaria, ARALIA LÓPEZ GONZÁLEZ analiza la narrativa escrita por mujeres durante los últimos años. Señala la década de los cincuenta como aquella cuando las mujeres comenzaron a transformarse al incorporarse a la educación y al trabajo productivo, época en que las mujeres mexicanas empiezan a escribir y publicar con mayor consistencia, lo que permite hablar de una novelística plenamente visible. Así, durante los últimos cuarenta años se ha venido consolidando una novelística femenina estableciendo un espacio y una legitimidad propias. Coloca en un lugar muy especial a escritoras de la talla de Rosario Castellanos, Elena Garro, Luisa Josefina Hernández, Elena Poniatowska y Josefina Vicens. A partir de la década de los setenta, la narrativa mexicana ya no puede prescindir de Inés Arredondo, Julieta Campos, Laura Esquivel, Margo Glantz, Ethel Krauze, Ángeles Mastreta, María Luisa Mendoza, Silvia Molina, Angelina Muñiz, Aline Petterson y María Luisa Puga. Descubre cómo en algunas de sus obras se ha evidenciado el repudio a las estructuras tradicionales de opresión femenina como el matrimonio, la maternidad, la familia, el malestar en la pareja, el cuerpo de la mujer y la sexualidad femenina, lo que antes resultaba un tabú. Analiza varias novelas, elegidas al azar y describe en forma breve su contenido, entre las que encontramos: *La viuda* de María Luisa Puga, *Apariciones* de Margo Glantz, *Tinísima* de Elena Poniatowska, *Duerme* de Carmen Boullosa, *Desde que Dios amanece* de Josefina Estrada, entre otras. La autora concluye que se ha superado el periodo transicional caracterizado por un ya-no de la mujer subordinada pero todavía-no de una emancipada, y que durante este lustro se aprecia una afirmación genérica dentro de sus propias limitaciones. Estima que las autoras mexicanas tienen más autoconciencia en cuanto a la condición histórica femenina y aprecia una mayor solidaridad y complicidad con la mujer, así como más autoestima como modelos, guías o maestras. Finaliza señalando, que por lo menos en la ficción, las protagonistas han descubierto el derecho al placer, al ejercicio de su imaginación: "Las eternas niñas de antes han optado con honesta valentía por la no fácil mayoría de edad".

Al analizar la producción artística de las mujeres mexicanas al fin del milenio, la investigadora MÁRGARA MILLÁN constata una incorporación cada vez mayor de las mujeres a las artes plásticas, al cine, a la fotografía y al video. Considera que la creación cultural de las mujeres recorre dos momentos constitutivos del feminismo: el de la igualdad y el de la diferencia. El primero implica procesos y movimientos que abrieron campos específicos a la creación femenina, espacios para las creadoras; el segundo implica la autorreflexión, intervención cultural que realiza sobre sí misma, espacio para el yo que se interroga, para la mirada que se afirma y desarrolla, dejando ver estilos y recurrencias. A través del análisis de varias cajas de Pandora, la autora plantea la presencia de las mujeres en las artes, lo que ha propiciado la apertura de espacios para otras miradas, lenguajes y percepciones. Las artistas, pues, han creado imágenes contraculturales, se han apropiado de los mitos ampliando una cultura en femenino. Parte de la base de que el arte es un terreno privilegiado para revelar la polivalencia del “ser femenino”, un ser en constante transformación en cuanto a su generación, valores y percepciones así como para apropiarse y redefinir su(s) identidad(es). Destaca que en espacios como el cine, el lugar tradicional de la mujer había sido el de actriz, pero difícilmente el de directora. Por otra parte, a las generaciones jóvenes de pintoras anteceden figuras femeninas con intervenciones muy sólidas y algunas con amplio reconocimiento mundial, que marcan la historia del arte moderno en México, figuras tan importantes como: Frida Kahlo, María Izquierdo, Olga Costa, Cordelia Urueta, Remedios Varo y Leonora Carrington, entre otras. En el campo de la fotografía destacan Lola Álvarez Bravo y Graciela Iturbide. Para Millán, la presencia femenina en ámbitos como la escultura ha sido más marginal. Plantea que el cine de mujeres mexicanas actual aborda historias y dilemas de mujeres, revelando cada una su singular perspectiva de género, transición relacionada con la complejidad del feminismo, como crítica cultural y la afirmación de las mujeres en tanto creadoras y autoras. El video, tecnología más a la mano, ha sido el medio idóneo para la creación de las mujeres, la cual ha proliferado. Finalmente, destaca que también las mujeres indígenas son creadoras de imágenes a través de su rico trabajo textil, elaborado sobre todo en el sureste del país, aunque poco entendamos del significado simbólico de las formas y secuencias ahí representadas.

Por lo que se refiere a la producción fílmica, PATRICIA TORRES SAN MARTIN considera que ciertas coyunturas sociopolíticas han determinado la mayor presencia de las mujeres tanto en los medios de comunicación, vertiendo su indignación, como en la vida política del país: la incorporación formal de las mujeres a la vida política al conseguir el voto en 1953, los movimientos femi-

nistas de los años sesenta y la celebración del Año Internacional de la Mujer en 1975, de donde emanaron todo tipo de reacciones e iniciativas que impulsaron y recuperaron propuestas feministas. Estima que la fuerza de estos acontecimientos ha impactado a grupos interesados en el cine, quienes lo ven como un medio de denuncia social. Describe, en primer lugar, el papel que tuvieron las primeras realizadoras durante el periodo silente (1917-1930), como la pionera directora y productora cinematográfica y hasta actriz Mimi Derba, fundadora de la Compañía Azteca Films; las hermanas Dolores y Adriana Elhers, dedicadas a la producción fílmica; la yucateca Cándida Beltrán Rendón quien produce, escribe, protagoniza y dirige el primer melodrama que toca el tema de la paternidad. En la generación de las pioneras del cine sonoro (1935-1950) destacaron la directora Adela Sequeyro Haro o "Perlita" y la actriz y fundadora de la Filmoteca Nacional, Elena Sánchez Valenzuela. Considera que a partir de un nacionalismo posrevolucionario los melodramas sentimentales de los años treinta se centraron en la figura materna como la depositaria de los valores familiares y como el eje ideológico: madres abnegadas y sacrificadas. Posteriormente, Matilde Soto Landeta introdujo una imagen de las mujeres como heroínas liberadas, a la cabeza de la familia o de grupos sociales. Estima que las décadas de los cincuenta y sesenta fueron años de crisis para la cinematografía nacional, caracterizadas por un cine de fórmulas genéricas como la comedia popular, el melodrama de la Revolución, los *chili westerns* y el género —muy en boga— de las cintas musicales. Sin embargo, no obstante este estancamiento, se impulsó un cine nacional de "calidad", creándose la primera escuela de cine y el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos de la UNAM. Con respecto a la generación contemporánea de cineastas, Patricia Torres señala la creciente participación de mujeres que han dirigido múltiples ejercicios desde diferentes ópticas y tiempos, obteniendo premios especiales. Entre este contingente de realizadoras han surgido figuras insólitas, quienes han explorado de manera muy particular los problemas de las mujeres mexicanas, o bien han creado nuevas perspectivas femeninas en el cine: Luz Eugenia "Busi" Cortés, a través de nuevas estilísticas y el dominio de la técnica; María Novaro Peñaloza enfrentando los límites de la cotidianidad femenina y sus capacidades psicológica e intelectual; Dana Rotberg, mediante una excepcional narrativa cinematográfica, pero utilizando la cámara como medio de expresión. Las experiencias, esfuerzos y logros de este grupo de cineastas contemporáneas han abierto, sin lugar a dudas, el camino a otras nuevas realizadoras. Concluye que si bien la participación de las mujeres sigue siendo minoritaria, han ganado una justa ubicación y revaloración que desde la década de los ochenta ha derivado en una práctica

diferente: la búsqueda de estrategias de trabajo a través de nuevas formas de producción tanto independientes como colectivas, e iniciativas particulares con el fin de encontrar tendencias contemporáneas de un cine propiamente femenino.

Por último, a través de un juego de palabras muy original, la directora de cine BUSI CORTÉS, utiliza el abecedario como método para ordenar su reflexión. En general expresa, con adjetivos calificativos, las dificultades del oficio de un cineasta en México, el cual requiere de mucha energía, tiempo y talento en una industria que es intensa, imaginativa, inteligente, inventiva e inspirada. Describe brevemente su propia carrera, primero como discípula, después como asistente, culminando con el papel de guionista y directora. Coautora del proyecto *De la vida de las mujeres* y de *El Secreto de Romelia*, destaca a cineastas y guionistas mexicanas como Matilde Landeta, quien empezó su carrera en la época de oro del cine en México, el “cine del macho mexicano”; Marcela Fernández Violante, primera mujer egresada de una escuela que filmó un largometraje; María Novaro, quien ha logrado grandes éxitos comerciales; a Marisa, su hermana de generación, con quien ha trabajado realizando series, guiones y documentales; y Ma. Elena Velasco, “La India María”, quien merecería un capítulo aparte por su carrera como actriz, guionista y directora.

IV. Los estudios de género en las instituciones académicas

En términos generales, durante los últimos treinta años, se han institucionalizado los estudios de la mujer en la región de América del Norte. Sin embargo, aceptado por la mayoría de las estudiosas de los tres países, se ha comenzado a denominar a dichos estudios como de “género”, denominación considerada más apropiada que “estudios feministas” o de la “mujer”. Esta categoría puede ser empleada en un rango más amplio de contextos, a pesar de que existen diferencias de matices entre naciones e instituciones académicas.

PETA TANCRED y HUGUETTE DAGENAIIS parten de la base de que los estudios sobre las mujeres *per se* y su relación con los hombres, que han incluido tanto estudios feministas como los de la masculinidad, han logrado tanto una presencia significativa en el ámbito académico canadiense como el desarrollo de nuevos enfoques teóricos y metodológicos. Para analizar los programas institucionales establecen tres aproximaciones con las que se han designado: los estudios de la mujer, los feministas y los de género. Toman en consideración las particularidades de la identidad canadiense, destacando las diferencias de enfoque ante los “estudios de la mujer” en las universidades anglófonas y las

francófonas. En las primeras, los estudios cubren una plétora de trabajo feminista aunque formalmente se dediquen al estudio de las mujeres y, en la mayoría de los casos, no están involucrados con la acción política. En cambio, consideran que la situación en la provincia de Quebec es diferente, debido a que los programas tienen un mayor grado de institucionalización y las académicas dedicadas a estos estudios se autodenominan feministas, y a diferencia de las anglo son altamente activistas o hasta militantes feministas dentro y fuera de las instituciones académicas. En términos generales, sostienen que, año con año, se ha ido reconociendo a la investigación feminista como un campo científico legítimo y se emplea crecientemente la terminología que enfatiza las diferencias establecidas en las relaciones sociales entre hombres y mujeres.

SUSAN CHRISTOPHER explora los procesos por medio de los cuales se ha institucionalizado el conocimiento sobre el género en los programas de estudios en las universidades estadounidenses. Mediante el estudio de caso llevado a cabo en la universidad californiana, privada y de tamaño medio de Stanford, describe las particularidades en esta universidad para tomarla como modelo para la institucionalización de otras semejantes en Estados Unidos. Señala que a estos programas se les denominaba tradicionalmente "Estudios de la Mujer", pero esta situación ha cambiado y hoy se denominan "Estudios de Género", analizando su variada naturaleza del conocimiento y de su amplio contenido. Destaca, por ejemplo, que en la Universidad de Stanford, como parte de las reformas multiculturales, se estableció como requisito los estudios de género para el programa de estudios, ya que enfocan los conceptos de raza y cultura. Varios intentos por derrotar este requisito fueron superados posteriormente, destacando la categoría de género como una del conocimiento. Christopher considera que es cuestionable utilizar la etiqueta del género, pues si bien las intelectuales feministas pueden ganar legitimidad institucional, quizá tengan que rechazar propósitos explícitamente políticos o activistas.

Por su parte, LUZ ELENA GUTIÉRREZ DE VELASCO relata el surgimiento en 1983 del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (PIEM) en el Colegio de México. Este programa dio pie a que se iniciaran diversas investigaciones para reflexionar desde una perspectiva multidisciplinaria sobre los problemas de las mujeres en México, con el fin de generar conocimiento sobre ellas. Con esto se emprendió un esfuerzo en la constitución de un enfoque teórico de género, iniciando nuevos aprendizajes y cuestionando fundamentos epistemológicos que sus propias disciplinas les han ofrecido. Para ello se han tenido que articular o desarticular principios que desde una hegemonía teórica patriarcal parecían incontrovertibles. La directora del Programa describe en detalle la producción editorial sobre diver-

sas temáticas que van desde la incorporación de las mujeres al mercado laboral, su salud y sexualidad hasta las obras literarias escritas por ellas.

Por último, como filósofa, GRACIELA HIERRO considera que su disciplina tiene la tarea de razonar la existencia de las mujeres, su diferencia y su lenguaje y producir una estructura simbólica y consciente que represente de modo fiel su experiencia sexual. Estima que los estudios sobre las mujeres se iniciaron con un afán educativo para permitir la voz de aquellas "vicitimizadas" por la cultura. Esta posición marginal de las mujeres ha ocasionado que los estudios se enfoquen desde las perspectivas teóricas de la marginación y la otredad. Plantea que la responsabilidad central de los estudios de género debe ser la de facilitar la reflexión sobre las experiencias vividas por las mujeres y por los hombres a partir del reconocimiento de la identidad asimétrica que les ha creado su cultura para, entonces, catalizar la potenciación del género por el reconocimiento de una situación compartida. Estima que los estudios de género fomentan la transformación personal e intelectual, dado que critican las teorías existentes así como su metodología, formulando un nuevo paradigma de la organización de los conceptos en todas las disciplinas. Explica con detalle la creación, en 1992, del Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) en la Universidad Nacional Autónoma de México, en el cual como directora fundadora, se ha venido esforzando y ha insistido en vincular y potenciar los esfuerzos que realiza el personal académico en el campo de los estudios de género.

A unos cuantos meses de cruzar el umbral al siglo xxi, a quien algunos han denominado ya el milenio feminista,²³ estamos conscientes de que aún persisten diferencias y desigualdades importantes en educación, salud, trabajo, distribución del ingreso así como en otros aspectos, no sólo en el interior de cada nación, y en forma más acentuada en México, sino comparativamente con los otros países que conforman la región de América del Norte. Los denodados esfuerzos intelectuales y racionales de destacadas mujeres norteamericanas, que han redundado en una incansable lucha por obtener mayor equidad y justicia en las sociedades en cuestión, son dignas de orgullo y respeto, así como de su análisis. Sus propuestas políticas, que en un momento fueron idealistas y utópicas, así como su creciente creatividad en muchos campos, hoy son altamente reconocidas no sólo por hombres y mujeres de la región, sino a nivel mundial. No cabe duda que las mujeres han hecho contribuciones importantes y de continuar con esta tendencia el impacto a largo plazo será determinante para el proceso de cambio que cada país enfrenta. Aunque estamos conscien-

²³ Daniel Caséz, "El feminismo y los hombres", *Revista de la Universidad*, número extraordinario (UNAM, 1998): 61.

tes de que todavía hay un largo camino por recorrer, sus esfuerzos han transformado a las respectivas sociedades, logrando cambios concretos en campos como el cine, el arte, la literatura, la ciencia, la educación, la economía y la sociedad, en los sistemas políticos y jurídicos y, por supuesto, en la historia de cada país. Finalmente, el hecho de que alrededor de cincuenta mujeres nos hayamos acercado, reunido e intercambiado puntos de vista sobre las diversas actitudes, perspectivas y realidades de la región constituye un ejercicio sin precedente. Así, a través de esta obra, esperamos haber contribuido a enriquecer el conocimiento de las mujeres en la región de América del Norte.